

ARCANO DE PRÍNCIPES

DEDICADO

AL EXMO. SEÑOR DUQUE DE
MEDINACELI, SUMILLER DE
CORPS DEL REY NUESTRO SEÑOR,
DEL CONSEJO DE ESTADO, Y SU
PRIMER MINISTRO.

POR

El capitán Don Vizente

Montano.

Exmo. Señor. La Historia es un espejo claro, que nos representa las operaciones más ocultas de los Príncipes, y una luciente antorcha, que nos descubre lo más obscuro, e intrincado de sus fines. Haviéndome, pués, aplicado a este estudio, y sacado de él algunas observaciones dignas de notarse, útiles para el exemplo y necessarias para la experiencia, se aumentaron con el tiempo en tanto grado, que pasaron de embrión a formar cuerpo: Me persuadí luego ponerle a los pies de V. E. para que reciba de su mano, como de otro Prometheo, el alma de que carece, por ser Ministro de tan prehemminente inteligencia, en quien S. M. deposita, con loable acierto, el peso más grave de su dilatada Monarquía (dignísimo Alcides de esse Real Atlante) repartiendo V. E. a dos Mundos con soberana dirección, la norma de un suave Gobierno, que no nos da que embidiar el Siglo de Augusto. Y aunque este arcano de Príncipes, que humildemente dedico a V. E., en la apariencia ostenta máximas de pestilencial veneno; sin embargo, aplicado quando la necesidad le pide, es farmaco salutífero para la cura de un mal desesperado: Assí vemos, que la vibora más ponzoñosa, se convierte en antidoto perfecto, y que llagas canceradas no se sanan sino con la violencia de el hierro, y del fuego. Muchas veces adolecen los Reinos de achaques incurables, para cuyo remedio se aplican de las métricas políticas los más duros y violentos para recobrar la salud perdida, no aprovechando los lenitivos; pero este arcano solo debe estar vinculado en V. E. a quien unicamente pertenece su conocimiento, sin que otra ninguna gerarquía de gente de que se compone el Cuerpo de la Monarquía, llegue a saberle; por que penetrándole, miraría (por su ignorancia) con pesadumbre, y escándalo estas máximas de Estado: por cuya razón no he fatigado la estampa, para escusar su publicidad; pués solo en V. E. han de quedar como en su centro, por ser el primer móvil del Gobierno, de cuyo movimiento regulan el propio las demás espheras de Ministros subalternos. Estoy siempre con profunda veneración a los pies de V. E. cuya Exma. Persona guarde Dios como los vasallos del Rey nuestro Señor hemos menester. Madrid 1º de Septiembre de 1681. Exmo. Señor. Está a los Pies de V. E. *Don Vizente Montano.*

Son tantas las calamidades humanas que al hombre para ser feliz le basta haver nacido, y estar en el Mundo para verse rodeado de trabaxos. Al paso que se fué propagando la generación, fueron dilatándose más las miserias, regulándose el tiempo presente con la norma de el pasado, sin esperanza de mejoría en lo futuro; y originándose los acontecimientos subcesivos aunque diferentes de una

misma causa, será menester empezar este Discurso desde la Creación del Mundo, para que más facilmente podamos tratar de los remedios, y no discurrir de nuestros males.

Al principio crió Dios el Cielo y la Tierra, y de ésta haciendo a Adán dueño absoluto, le dió por compañera a la Muger, mandándoles, que la llenasen con la procreación. Este precepto divino se vió cumplido en menos de quatro siglos; pues no guardándose ninguna continencia, se multiplicaron los hombres en tanto grado, y número, que no hubo parte del Mundo, que no quedase poblada; de que luego se ocasionaron las pendencias, y desórdenes causadas de la multitud demasiada de los Pueblos: Ellos para evitar la confusión, eligieron unos Caudillos, que los gobernasen, y les administrasen justicia: O con el poder, o la maña se usurparon el mundo; pues si hemos de dar crédito al Maquiavelo, no ha havido a quien de un estado humilde haia subido a un gran poder, sin pasar por los medios de la fraude, y del engaño: dé que tubieron principio los Dominos, tratándose como superiores con los que havían sido sus iguales, encargándose del gobierno de las cosas, y del cuidado en remediar las humanas necesidades. Esto mesmo vemos oy; pero excediendo las desórdenes del mundo a la providencia de los Príncipes, experimentamos, que poco, o nada sirben sus desvelos, y diligencias para evitar los males, que nos amenazan; por que si la abundancia de los bienes nace del corto número de las personas que los consumen, la carestía proviene de la multiplicación de aquellas; pues no puede la tierra (la qual de quando en quando queriendo su descanso, disminuye más presto, que aumenta las cosas del año) suplir a la propagación humana, que continuamente se multiplica; y siendo estas dos producciones de naturaleza contrarias entre sí, sin embargo, estando anexa la una a la otra, no se duda que ambas solicitan, aunque en valde, el remedio, por hallarse expuestas a los fatales accidentes en quienes cada día tropiezan.

Para que mejor se entienda esta verdad, conviene saber la capacidad de la Tierra; por que la vez que el número de las gentes la excediere, y también a los viveres que puede subministrar sin disputa ninguna será violenta la cura de su mal, no pudiéndose recobrar de la dolencia, sino con Guerras, hambre, o peste. Los que han escrito de la grandeza de la Tierra, casi convienen todos en su medida: por que sobre los treientos y sesenta grados que corresponden a su circunferencia, prueban con demostración evidente, que su redondez es de seis mil y trescientas leguas, cuió semidiámetro siendo de mil y tres, será la superficie de doce millones, seiscientas y quarenta y un mil, novecientas y once leguas: Pero como de esta medida hemos de quitar lo que ocupa el Agua para mejor asentar lo que cabe en la Tierra, he hallado varias opiniones en los Autores. El que glosó al Propheta Esdra, aunque sus obras no son canónicas, dize, que la Tierra es seis veces más en superficie que el Agua. Sin embargo el Philótopho, y toda la secta Cirenaica, son de parecer que la superficie de el Agua es diez veces maior que la Tierra: Pero ambas opiniones ya carecen de autoridad, y séquito; y ajustándome a los modernos que han escrito con más aplauso, digo, que estos dos elementos se igualan con la extensión de la superficie: Con que haviendo de dividir en dos partes iguales los doce millones seiscientas y quarenta y un mil novecientas y once leguas, que ciñen este Globo Terreaquío, que darían por cuenta de la Tierra seis millones, trescientas y veinte mil novecientas y cinquenta y cinco leguas y media superficiales; pero esta cantidad no es toda capaz de cultivación como lo son aquellas porciones de tierra, que caen debajo de los Polos tan Montañas ásperas e incultas, algunos desiertos dilatados, a más de un gran número de rios, y lagunas, que ocupan no poca parte de la Tierra: con que razonablemente podremos conceder a la superficie de las quatro partes, las tres cultibables; de

forma, que de los seis millones trescientas y veinte mil novecientas y cinquenta y cinco leguas, y media superficiales, quedarán en beneficio de la neccssidad humana quatro millones setecientas y quarenta mil setecientas y diez y siete leguas y un quarto. Con este cálculo, pues, quedará oprimida la Tierra todas las veces que el número de los hombres excediere quatro mil millones setecientos y quarenta mil setecientos y diez y siete; por que ordinariamente de cada legua de terreno se pueden alimentar mil personas, proveyéndolas de monte para leña y prados para el sustento del Ganado neccssario a su mantenimiento.

Haviendo fundado a mi parecer de lo que es capaz la Tierra, paso a discurrir de la propagación humana, y hallo en menos de quatro siglos poblada la tierra mucho más de lo que puede alimentar; pues pongo tan solamente la successión de seis hijos y de diez y seis a diez y ocho años, en cuja edad el hombre es más prompto a engendrar, y la mujer a concevir; y calculando esta multiplicación en quatrocientos años, será tan crecida que no podrá la Tierra darle el sustento neccssario; pues es tan excesivo este aumento de la humana propagación, que un par de casados puede naturalmente producir en ducientos y diez años, un millón seiscientas y quarenta y ocho mil, y seis personas. ¿Qué fuera, pues, multiplicándose las causas agentes en mucho más concurso de tiempo? Lo cierto es que no pudiera mantener la Tierra tan grande incremento si la política de los Príncipes no acudiera con el remedio, lo qual iremos mostrando en este Discurso; pero como no hay proposición que no tenga su contradicción, dirá alguno, que esto es provar con demostraciones lo que es posible en la potencia, y en el acto práctico suele después ser muy diferente. Sin embargo, digo, que es verdad innegable, que un hombre y una mujer fueron nuestros progenitores, y que estos, y sus descendientes llenaron de gente el Mundo hasta el Diluvio Universal, y que después de él los tres hijos de Noc poblaron sus quatro divisiones del modo que oy se ve; y si atendemos a la Historia Sagrada, nos dará la noticia de una admirable y crecida procreación en poco más de dos siglos; pues se refiere que Jacob entró en Egipto con setenta personas y que Moyses salió de él después de doscientos y diez años con seiscientos mil varones que podían tomar Armas, y un número casi infinito de mugeres y niños.

Quando la multiplicación de los hombres sube a un número excesivo, de forma que la misma Tierra que le dió el ser parece angosta a su mantenimiento, es forzosa neccssidad buscar otra en que vivir como sucedió a las Naciones Septentrionales, cuja superfluidad las arrojó de sus Patrias, inundando las mejores Provincias de Europa, Asia y África. Y antiguamente esta misma neccssidad obligó a los Fenizes, ir vagando hasta buscar nuevas tierras en que estar. En el Oriente nos dan otras noticias semejantes los Annales de Tácito de unos Pueblos que forzados viendo tan numerosa su mesma procreación, abandonaron el Clima a donde habían nacido, buscando otros remotos en que establecerse alibiándose por este medio los Reinos que gimen oprimidos de la multitud demasiada de gente. Pero no siendo mi intención en cosa tan sabida desmenuzar lo que refieren las Historias citaré a los Autores que tratan de ello para los curiosos que gustaren de verlos referiré empero un exemplar moderno por curioso, que las noticias de Ynglaterra nos han dado, y también lo escribe un Author Francés diciendo, que en el Reynado de la Reina Doña Isabel la Ynglesa, salió de aquel Reino para la Yndia Oriental un vagel llamado el Mercader Yndiano, embarcándose en él un hombre negociante y su familia con ánimo de avecindarse en aquellas partes, para tener trato, y comercio con los de su Nación. Havía ya doblado el Cabo de Buena-Esperanza quando le sobrevino una tormenta desliccha, que le llevó algunos días a la discreción del temporal: finalmente, amaneció sobre una tierra alta

en cuías peñas dando al través se hizo pedazos con pérdida de toda la gente, menos un mozo llamado Pines, de veinte y dos años, tres mugeres, y una negra, de catorce a diez y ocho años todos de la familia referida. Estas cinco personas con las ansias de vivir, haviéndose asido de una verga del Navio, que el Mar arrojó a la Playa, escaparon del naufragio que los demás padecieron. Pines después de recobrado del trabajo entró la tierra adentro a ver si descubría alguna población, y reconoció era una Ysla desierta, aunque capaz de población pues abundava en fruta, la naturaleza producía cierto género de Ganado menor como Carneros, y gran cantidad de pájaros de diferentes linages, que podía servir para el sustento necesario.

En esta parte, pues, tan hierma y remota del Comercio humano, sin esperanza de salir dem allí, trató de vivir, y como otro Adán propagar la generación. Comunicó su pensamiento con las Mugeres, las quales no repugnando a la proposición, las conoció, y de todas logró fecunda successión, llegando a poder contar dos mil setecientos y noventa y siete descendientes, a quienes haviendo juntado un día, les refirió todo el successo de su desgracia: dioles leyes, y les repartió las tierras para evitar la confusión, y desórdenes; reglando también los Matrimonios, pues hasta entonces no se había reparado a grado ninguno de parentesco. El año de seiscientos y sesenta, con otro temporal arribó al propio parage un Navio Olandés, que a la buelta dió todas las noticias por menor; y por las últimas que de Ynglaterra se han tenido, dicen, que ya llegan los moradores de aquella Ysla a más de ochenta mil personas.

Pero ya es tiempo de recogerme a mi assumpto, que es mostrar que de la procreación demasiada de los hombres, se inquietan las Monarquías, se desasosiegan los Reinos, se pierde el respeto a las leyes, y finalmente se confunde el orden del Gobierno: Sin embargo arrebatado el hombre de las ansias del mandar solicita el remedio para conservar séquito en sus dominios, y buscando pretextos que parezcan justos y razonables, introduce la Guerra, la qual llevando por compañera la peste, hambre, y otras desdichas, esgrime su guadaña la muerte contra la vida de sus vassallos, de cuia multitud no necesita para la seguridad de su persona, y tranquilidad de sus Reinos, turbando con este cuidadoso anhelo del mando las horas de su reposo destruyendo y aniquilando por este medio de la Guerra, que de una se enlazan otras, lo que va produciendo y aumentando la naturaleza humana y esta máxima más continuamente se observa en los Dominios mui poblados, necesitando siempre de evacuación para alivio de lo que internamente los oprime, assi en la calidad, como en la cantidad; siendo bastante qualquiera de las dos cosas a turbar el reposo del Príncipe. Y por lo que toca al primer punto, hemos visto tomar grandes resoluciones casi en todas las Soberanías del Mundo. En la República de Cartago sabemos que Bomilcar y otros varones esclarecidos, fueron llevados al suplicio sin tener más delito que haver servido bien a su Patria, por cuia causa siendo mas beneméritos que otros, dieron más que recelar a sus Compatriotas con la fama que se habían grangeado. De Roma los Camilos y Cipiones desterrados por las mismas causas: En Athenas no provaron mejor fortuna Thesco, Solón, Temístocles, y otros con la Ley del Estracismo, que condenava a diez años de destierro a los que más se señalavan en virtudes heroicas, recelándose causasen alguna mudanza en el Estado. Los Cretenses observaban lo mismo, y también los Esferios; y el Petalismo de los Siracusanos no miraba sino a embarazar con el destierro de cinco años a los que sobresalían tanto, que podían causar un género de sombra a la livertad de todos. La violencia de este género de Gobierno aconsejó con más exceso Tarquino a su hijo con el exemplar de las dormideras cortando las cabezas de las que se le vantaban sobre las demás, Perian-

dro a Trasibulo arrancando las espigas más eminentes y el Abad Tomiro a Don Ramiro Rey de Aragón cortando las cimas de las coles más elevadas. Qué otro premio alcanzó Belisario de su Emperador haviéndole restaurado el Ymperio con tan grandes victorias que ganó que ser privado de la vista (costumbre cruel en aquel Dominio con los varones insignes) y pedir de puerta en puerta, date obulum Belisario? Al gran Capitán que otra recompensa dió el Rey Don Fernando el Cathólico, por sus haçañas, y conquistas en servicio de la Corona, qué morir desgraciado con nota de su fidelidad? Quántos varones Ylustres nos enseña la Francia que por recelo que se ha tenido de sus personas han perecido desdichadamente? Dígalo la Casa del Duque de Guisa y otras que dexo de referir por ser cosa muy sabida en las Historias. Y es la razón de este proceder en los Príncipes la política de su conservación, debiendo siempre temer en sus vassallos los dos extremos; o una suma virtud, que arrastre todo el aplauso, y séquito del Pueblo, o una gran maldad, por cuió medio se introducen en los súbditos máximas perniciosas contra la soberanía siendo cosa ordinaria, que los peligros amenazan igualmente a un gran renombre, y a una mala fama. Ni menor recelo se debe tener de los que se hallan prendados de fortaleza de ánimo: pues cstos pueden intentar constantemente algo a favor de la livertad. También de los ingenios versados en letras, y acreditados de Sabios; por que con su comprehensión saben perfeccionar alguna grande hazaña en perjuicio del Príncipe; y finalmente los hombres que resplandecen en justicia, y bondad, han de causar el mesmo cuidado, por ser prendas, que motivan al Pueblo el sugetarse a ellas. De esto pueden sacar una advertencia particular los que se hallaren enriquecidos de tan inestimables dones, que es ocultar todos los resplandores, que suele producir la más encumbrada virtud, viviendo debaxo de un Príncipe sospechoso, y mal recibido de sus vassallos, porque esta virtud unida al valor de los súbditos siempre ha sido mal vista de los dominantes: Pero que mucho que los Príncipes para asegurarse de los vassallos se gobiernen con esta razón de estado, quando los ha habido, y hai, que a los de su misma sangre no perdonan? Alexandro el Grande partiendo a la Guerra contra Dario, no hizo primero dar la muerte a todos los parientes de su Madrastra, que el Rey su Padre havia exaltado a los maiores puestos; haciendo también la misma carnicería de los suyos, que en su ausencia podían levantarse con el Reino? Herodes no hizo morir a Mitrdates su hermano, considerándolo como enemigo, pudiendo más en él la razón de estado, que el vínculo de la sangre? El Preste Juan, u digamos Emperador de los Avisinos, no hace lo mismo con todos los Príncipes de la Sangre Real, encerrándolo sobre la Montaña llamada Anga para vivir seguro de las inquietudes, que pudieran motivarle en sus Dominios? El Turco no acostumbra el dar la muerte a sus hermanos, y a los hijos, que por segundos no heredan, ponerlos en perpetua reclusión para que no alboroten el Estado? Mas dexando a parte las costumbres de los Bárbaros, el Rey Luis Onceno de Francia, el maior Político de aquel siglo, no tubo desterrado de la Corte al Delphin su hijo único, desque nació, encerrándole en el Castillo de Amboysa, sin permitir que le visitasen sino bien pocas personas, y señaladas, temiendo que los grandes de el Reino hechasen mano de él para inquietar la Francia como lo havían hecho con su persona contra su Padre Carlos Séptimo? Y también hizo dar veneno a su hermano el Duque de Bretaña. Esta fina máxima la debió de aprender de Dionisio el Mayor, Tirano de Siracusa, que temiendo que su hijo con la conversación de los hombres doctos medrase en las ciencias e intentase después quitarle el Reino, lo tubo siempre encerrado en Casa sin dexarle ver de nadie. Fuera después corriente entre Príncipes reynantes el no gustar que los hijos se hagan plausibles y populares con los vassallos por que antes

de la sucesión pudieran anticipar a sus sienes la diadema Real. Eduardo Rey de Ynglaterra no se manchó en la Sangre del Duque de Clarence su hermano? Y no sabe el Mundo todo, que uno de los Monarcas más Cathólicos hizo morir a su hijo único, y heredero, por indicios de que hubiese maquinado contra la Corona? Lo que oy está sucediendo en la Casa de Portugal entre dos hermanos, no nos trae a la memoria lo que se dixo de Nerón con Británico? pues todo cariño cesa donde prevalece la codicia de reynar pudiendo ella más, que el vínculo más estrecho de la Naturaleza.

Pasando al segundo punto de la cantidad, que es la multitud de los Pueblos, veremos que ha causado en los Príncipes un grande y continuo desvelo, y les ha motivado usar de remedios violentos. Los Romanos al principio de su aumento aligeravan de este peso, enbiando colonias a las conquistas que hacian sus Armas. Sin embargo, como en la Ciudad se multiplicavan cada día los moradores, no bastando aquel remedio para gozar de una paz interna, fueron aplicando otros; para cuio efecto solía decir Apio Claudio, la maior cabeza en las cosas de Estado, que para el sosiego de la República se havia de tener mui ocupado el Pueblo para no darle con el ocio lugar de pensar en novedades y la ocupación más cierta, y que trae a los Príncipes la utilidad, para cuio fin la intentan, es emprender una Guerra, si bien la Plevé entra a discurrir del Gobierno, y contentándose solamente con hablar de las cosas pertenecientes al Estado público, entiendo su curiosidad a la abundancia; porque suele mercar cotidianamente el sustento y assi teniendo ociosamente que comer, y siendo sus pensamientos baxos y viles, jamás levanta el ánimo a cosas sublimes, y penosas, que puedan dar cuidado a sus Príncipes. Bien comprendió el Satirico Jubenal en dos palabras la forma que se debe usar para mantenerla gustosa, que es darle pan y fiestas: sentencia, que a todos los Dominios se ajusta. Sin embargo en las ciudades mui populosas sale tal vez el vulgo de su obligación con alborotos y sediciones, motivadas del ocio en que vive sepultado y deseoso siempre de novedades assi por la ignorancia con que se cría, como por no tener que perder en las rebueltas que enciende por cuia causa con mui leves pretextos suele dar principio a un Tumulto que empezando de una multitud confusa, y sin concierto, entablado una vez no le falta Caudillo que guie sus errores. Y por esto los Estados bien gobernados, recelosos de semejantes desórdenes no consienten en su Jurisdicción persona alguna que no tenga empleo con que pasar. El Areopago de Athenas estudiaba el modo de portarse con sus moradores, obligando a cada uno de ellos a decir de que se sustentava. Los Egipcios del propio modo se gobernavan y en el tiempo del Rey Amasise pregonó una Ley, que mandava fuesen cada año todos los moradores de la Ciudad a presentarse al Governador dándole quenta del oficio y ocupación de que vibían, y al que no le executava, o no se le aprobava el modo de vibir, los condenavan a muerte. En Alexandria refiere un Escritor que hasta los gotosos y ciegos se les señalavan empleos manuales con que ganar su vida. Antes no contentos los Príncipes de aquel Reino con la observancia de esta Ley, usaban de otras artes, desvelándose en tener dividida la Plevé, por que no se conformase en intentar algún escándolo contra el Poder Soberano. Esto mismo hizo aunque impía y locamente el Emperador Juliano Apóstata, dividiendo la Religión, con persuadirse, que la Plevé no conviniendo en un sentir por la variedad de las Creencias que havia introducido, tropezase en la dificultad de unirse contra su detestable Gobierno. También se sirven los Venecianos de esta Máxima de estado, teniendo sus Pueblos dentro de la misma Ciudad, repartidos en dos facciones de Castellanos y Nicoletes, para que la una contra la otra sirva de Centinela, por si acaso se fraguase alguna Conjuración, o motín contra la República. Pero

los Romanos, que de raiz quisieron arrancar este escándalo, usaron (como oy es-tilan todos los Príncipes) de remedios más violentos con introducir una Guerra, por cuió medio se quitava la multitud insolente, e iba a desfogar fuera de la Ciudad Capital sus inquietudes contra el enemigo y con este artificio reprimieron muchas veces las demasias Tribunicias. Péricles, General de los Athenienses, reconociendo quan preciso era este preservativo contra la Plevé para la salud de la República, todos los años aprestaba una Armada, en la qual embarcaba gran parte de la multitud para aliviar la Ciudad. Con este exemplo el prudentísimo Rey Fernando el Cathólico, solía decir, que algunas veces se debía intentar una nueva Guerra para expurgar los Reinos, de ladrones, facincrosos, y hombres perdidos, con cuya comunicación se inficionavan los ánimos de la juventud Española. Y un grande Emperador, cuiá fama oy veneramos, dió por respuesta a otro Rey su Competidor en el poder, con ocasión de romperle la Guerra, tenía Vasallos tan bulliciosos, y coléricos, que sino los llevaba a desahogar sus naturales brios en los trances de la Campaña, poco segura quedaria su misma persona: Con este conocimiento Carlos el Sabio Rey de Francia, embió su Ejército en ayuda del Rey Don Henrique de Castilla, limpiando el Reino de gente turbulenta, como de humores dañados en el cuerpo político de sus estados. Luis Onceno aprovechó el mismo remedio socorriendo al Conde de Richemont, que fué Rey de Ynglaterra entregándole la gente más perniciosa de sus Dominios. Y es la razón, por que los hombres malos con más facilidad buscan la Guerra, que la quietud durante la Paz. Es, pues, máxima de estado, que la vez que el Príncipe teme la paz, que gozan sus vassallos como perniciosa a su quietud, debe empeñarlos en una Guerra Estrangera, siendo parte mui esencial de la prudencia embarazarlos en semejante ocupación que es el medio más acertado para preservar de sediciones sus Dominios. Roma en ningún tiempo estuvo más temerosa, que quando gozó dela Paz debajo de Cayo, y de Tiberio.

Siendo, pues, la multitud delos Pueblos de tan gran cuidado a sus Príncipes, deben hacer con ellos lo que los Médicos con los cuerpos humanos, que para obviar qualquier achaque, los sangran, y purgan en salud, cvaquando la superfluidad de humores, que una vez rebueltos, ocasionan graves enfermedades. Con este conocimiento no hay Potentado (cada uno por diferentes caminos) que no procure aliviarse del peso dela multitud delos vassallos, siendo ordinariamente la ruina delos Dominios. Por esto limitaron los Príncipes el aumento de moradores en sus ciudades y en este sentir convienen los dos luceros de la Philosophía, que con tanta seguridad aconsejaron el no dexar nacer muchos, y procurar remedios contra la concepción. Esto mismo fué parte para que los Egipcios temiesen la crecida multiplicación delos Hebreos, mirando su aumento como a yugo de su libertad. Assi se vió el Rey Faraón obligado a poner el remedio antes de verse oprimido él, y su Reino y creyendo atajar el incremento excesibo de los Ysraelitas promultó la orden tan rigurosa de que los hijos varones que naciesen de sus Mugeres, se arrojasen al Nilo. Tiberio Graco, gran Senador Romano, mirando a la salud dela República, temó ver la ciudad tan llena de siernos de cuiá gran multitud recelando cada día algún desastre, hizo una oración al Pueblo para ocurrir a este inconveniente. Este propio recelo tubieron los Soldanes de Egypto del infinito número de moradores dela gran Ciudad del Cayro, y para que no intentase tanta multitud unida alguna sedición, dividio la Ciudad en muchas partes, con fosos anchos, y hondos. Los Espartanos se resguardaron de este peligro con la tiranía de una ley, que mandava, que a ciertos tiempos, y según el número de los Ylotos (estos eran la Plevé, que cultivavan los campos) iba creciendo, se embiasen unos hombres armados por toda la Provincia de la Licaonia, los

quales emboscándose de día, salían de noche a matarlos, y esta crueldad llegó una vez a dar la muerte a dos mil, los más mozos, y robustos: pero jamás se venía en conocimiento de esta fina política, por que la ley referida se llamava Cripcia, esto es secreta, pues todo lo que ordenava era un misterio, que no se revelava, ni se alcanzaba a saber. No gustan los Príncipes de que se penetren los arcanos de su ánimo, y llegando a comprehenderlos, es prudencia mostrar el ignorarlos ni de que se sepa la razón de decimar los Vassallos; por que con este conocimiento pasando los súbditos a mirar con aborrecimiento al Príncipe, y al riesgo a que están expuestos, pudieran desesperados buscar con los peligros el remedio al peligro en que se ven metidos, atreviéndose a atropellar con algún escándalo el Gobierno. Pero esto que refiero dela República de Esparta con la gente del campo, nos trae a la memoria los escándalos, que en todos tiempos, han causado estos hombres Aldeanos. En las Historias Romanas se leen repetidas memorias de su arrojo, y a un la de haver venido a batalla con las Tropas, quee el Senado mantenía, para resguardo de sus Provincias, como sucedió en la de Cilicia. Y también se sabe, que contra Roma mesma tomaron las Armas, prefiriendo la esperanza de salir pobres con el pillage de las riquezas públicas, y privadas a la miseria en que vivían con el trabaxo de Jornaleros. Pero dexando lo antiguo sabemos, que en nuestros tiempos este género de hombres dió el primer principio al levantamiento de Barzelona, sacrificando a su ira la vida del Virrey Conde de Santa Colonia, y en aquella parte de España no ha sido esta la primera atrocidad que han hecho sus Aldeanos con los Governadores; pues en tiempo dela República Romana, uno deellos dió la muerte a Lucio Pisón, Pretor dela Provincia. En Bohemia no se ignoran las hostilidades que han cometido, obligando el Emperador a oponerseles con Exércitos: Y es de observar que de los Gremios diferentes de que se compone la Plevé, este es él que más se debe temer, por razón de criarse con más ferocidad en los campos, montes, y bosques, como también por ser maior en número que los otros, y los de una profesión son más conformes en las determinaciones; y quando fuera dela Ciudad con más facilidad pueden juntarse y resolver sin que los Magistrados se lo embarazen por hallarse en el campo; teniendo todo aquel ensanche: luego con los exemplares referidos los Príncipes, que razonablemente desconfían desus Vassallos, han de tener por lícito qualquier pretexto por extraño que sea como mire a la utilidad, y conservación de sus Dominios. Pero vamos más adelante, y examinemos lo acontecido a nuestros tiempos en toda la comprehensión deel mundo. Bolvamos primeramente la consideración al dilatado Ymperio delos Turcos, que en materia dela Carne viviendo más desenfrenados, más afligidos se hallan, y fuera de un grandíssimo número, que su Monarca sacrifica con la Guerra, otro mucho más hace perecer con el contagio tan ordinario con sus Reinos, siendo máxima de Estado no estorbar la comunicación delos sanos con los dolientes paraque el mal se estienda con más facilidad, y el estrago sea maior, que no fuera aplicándose los reparos, que en otras partes se acostumbran. Sabe aquel bárbaro Príncipe, que a su imitación gozando los vassallos toda la livertad en sustentar quantas mugeres quieren, peligrará su Ymperio oprimido dela multitud sin la aplicación deeste preservatibo. El de la Guerra es tan continuo, que siempre con este, o con aquel Potentado, tiene que deslindar: grande fué el desaguadero, que halló en el Reino de Candia, cuia invasión no llevando con el impetu de numerosos Exércitos, como podía, consumió violentamente un sin fin de súbditos. Y aunque muchos discurren, ha sido en los Turcos la poligamia de grande conveniencia a esta Monarquía, dilatando con este medio dela procreación crecida los confines de sus Dominios: sin embargo, también es de notable peligro a su quietud, por que dela multitud nace la confusión;

dela confusión, la discordia; de la discordia, la inobediencia; de la inobediencia alborotos, rebeliones, y Guerras, que continuamente en esta, o en aquella parte de sus Reinos ban brotando, y algunas en la Metropoli desu Ymperio con muerte del mismo Gran Señor; pero toda la importancia consiste en que no la penetren los Pueblos; y no solamente el Turco, pero también el Persiano, Moscovita, Tartaro, y casi todos los Potentados del Asia, procuran lo mismo, vedando los estudios, y desterrando las Ciencias, que son medios para ablandar los naturales asperos, y afeminar los ánimos viriles a fin de que sepultados los vassallos en las tinieblas dela ignorancia, se apliquen generalmente con más facilidad a la Guerra para buscar más presto la muerte, y obedecer con más sumisión los órdenes del Príncipe sin que por medio delos estudios puedan discurrir hasta donde llega su autoridad, y si es lícito, o injusto lo que interprende, juzgando muchos, que los hombres que se aplican a la Guerra, no tienen toda la subtileza, que en las Cortes se aprende, por que en estas se adelgaza el ingenio con los empleos, y en aquella con las operaciones se exercita el valor de las manos. El Príncipe después remunerando a los que han quedado vivos y muchas veces a los parientes delos difuntos, tienen empeñados aquellos para otra ocasión, y con estos adquiere nuevas victimas a su descanso, por que no haciendo assi, pudicrase quiza descubrir su malicia, y faltara el cebo a su necesidad. De esta manera dorando la pildora a los ignorantes, se la tragan sin repugnancia: otras veces procurando mañosamente la Paz, acredita con los vassallos el cuidado, que quiere dar a entender le asiste desu conservación: Sin embargo, para que no cese la obra, muda los instrumentos, e introduciendo artificiosamente en una ocasión la Peste, y en otra la hambre, consigue el fin deseado de consumir la sobrada multitud.

Los Ydolatras del Africa, aunque sin luz del Evangelio, pero no del todo privados dela razón casi penetrando esta política, parece quieren remediar, si bien brutalmente, a tantas calamidades. Vendiendo los Padres sus hijos en toda la Costa de Guinea y Caboverde a las Naciones que ban a comprar Negros: Otros más bárbaros aprisionandose en la Guerra se comen los unos a los otros, como si tubiesen por mejor comerse los unos a los otros, que multiplicándose mucho ser comidos del Príncipe.

Si damos una visita a la América, observaremos cosas, que repugnan a la fee humana; pues se ha visto, que unos pocos conquistadores en breve tiempo han hecho perecer muchos millares de gente para resguardarse de su infinito número en las dilatadas Provincias, que han ganado, dexándolas casi desiertas para afirmarse en la paz; por que habiendo sido los vencedores, y tanto él de los vencidos, aunque hubiesen querido asegurarse delos conquistados por medio delos Presidios necesarios, no era posible emplear las pocas fuerzas en ello, y en lo que les quedava aun, que conquistar; y porque era impracticable sugetar con el freno de Presidios bastantes a tan innumerable multitud, fué preciso para conservación de lo conquistado antiquilar con el derecho dela Guerra: enseñando la política a los vencedores, que quando los vencidos son en mucho número, debe destruirse el cuerpo dela multitud. Siendo arcano dela dominación,, que los Pueblos a quien se pone el yugo dela servidumbre no han de exceder ni en número, ni en fuerza a los conquistadores; por que si una vez llegan a conocer su poder, y superioridad, intentarán sacudirle para recobrar la libertad perdida: y aunque este modo de obrar ha dado motivo a los Extrangeros, y aun a los nuestros, de murmurar contra la Nación Española, mirando solamente la superficie deel sucesso, destentándolos como Tiranos: Sin embargo, los que han penetrado más adentro, y escudriñando la causa fundamental, que para ello tubieron, los han alabado de políticos, y de prudentes; pues, amás delas razones referidas, que son incontras-

tables, seme ofrece decir, que si los infinitos Pueblos de aquel nuevo Mundo sin más resistencia se hubiesen entregado pacíficamente al Dominio de los Españoles, no había otro medio para asegurarse, y establecerse en él, sino destruyendo, y aniquilando sus moradores; por que siendo gente ydolatra, inconstante, de costumbres, leyes, y gobierno tan opuesto al nuestro, era imposible, que todos se conviniesen a mudar aquel bárbaro género de vivir, y recibir la fee Evangélica, y una vez arrojados los Españoles de aquellas dilatadas Provincias, se ofrecía grandes dificultades a poder bolver a conquistarlas, por ser tan inmensos los mares, y aun no bien conocidos que se habían de navegar, y los enemigos con el escarmiento de la primera invasión más prontos a la defensa, y siendo cosa natural la libertad, se hubieran opuesto a qualquier desembarco, que se hubiese intentado: con que haciéndose difícil la segunda entrada en aquellas Tierras para conservarse con ellas fué menester usar de todo rigor político, que los ignorantes llaman tiranía, para no exponerse a la duda de este riesgo unos matando, y otros haciendo Esclavos, dividiéndose las riquezas, sin que la codicia, o crueldad, les diese el motivo para ello, sino el conocimiento, que gente tan bárbara no se hubiera sujetado, ni con el beneficio, ni con el temor, habiéndose experimentado esto que digo ser assi; pues hasta oy después de tantos años de Guerra, no han podido los Españoles reducir a la primera obediencia a los del Reino de Chile después que sacudieron el yugo de la servidumbre; con desechar el Culto de la verdad Evangélica, volviéndose a su primera Ydolatría; y todo esto sucede por no haver usado la misma política decimando sus moradores quando pudieron hacerlo: Pues si un Reino solo ha podido obrar con esta conformidad, qué se podía esperar de todo el Ymperio unido del Perú quando estamos viendo, que un rincón suyo es tan difícil de conquistar? Algunos Príncipes del Asia, más sabios que otros, padeciendo las vejaciones de la multitud que los embaraza, descosos de atajar en alguna parte a este mal, procuraron con pretexto de Religión hacer esteriles a la maior parte de las mugeres, a quien antes de casarse suelen persuadir unos novios de buen natural a sacrificar su virginidad a un Ydolo con un miembro disforme, a quien los Bramines, que son sus Sacerdotes, arriman la natura de aquellas inocentes, e impeliéndolas con violencia, rompen el Claustro virginal, y el Orificio, y quedando descompuesta la madre, se inhavilitan a concebir: Otros más infames (no vedándolo sus Magistrados por razón de Estado) teniendo infernal inclinación al abominable vicio de la Sodomía, se casan publicamente varones con varones evitando los Príncipes por este medio la crecida multitud de los vassallos, sin un excesivo número de hombres capados para guardas de las mugeres, como también con el fin detestable de sus deleytes. A estas prevenciones contra la generación, se añade el precepto del Celibato, que observa la Soldadesca, a la qual no es permitido el Matrimonio; pero se le concede la libertad de gozar a cualquiera muger casada, sin que el marido pueda estorbárselo, siendo esto costumbre en muchas partes de la Yndia Oriental, que da motivo a los que ordinariamente son celosos de no casarse; antes para ser comprendidos en este privilegio pasan voluntariamente a la Milicia, y el Príncipe consigue dos beneficios; pues no siendo tan frequentes los Matrimonios, será menos la propagación, como maior el raudal con el desaguadero de la Guerra. En otros Reinos como en él de Calicut, es costumbre, que una muger en un mismo tiempo se case con diferentes hombres por cuyo medio consiguen sus Príncipes el no multiplicarse mucho los súbditos, por que la variación del semen, suele ser de estorbo a la concepción. Otros Pueblos llamados Pados, estilan, que adoleciendo una persona, luego sus parientes, o amigos, le davan la muerte; y como no hay cosa más ordinaria en el mundo, que las enfermedades, se oponen de este modo al

incremento de la procreación con el pretexto de librar al doliente de la molestia del achaque. Más dura de llevar era la ley de la Ciudad de Tuli, en la Ysla que oy llaman Zea, una de las Cieladas; pues inviolable era su observancia en no permitir, que hombre, o muger viviese más que sesenta años, y la última hora que los cumplía le daban un veneno, que brevemente los matase; dando por razón, que habiendo muchos havitadores, y pocos viveres, para que los mozos no muriesen de hambre, importava, que los viejos muriesen de veneno.

Solamente en el Asia el Ymperio de los Chinos de algunos años a esta parte se ha gobernado con diferentes dictámenes; pues en lugar de continuar la Guerra fuera del País, para evaquala de una infinidad de moradores como tiene, abandonó todas las conquistas, que había hecho en la Yndia de los Reinos de Coray, Artiga, Calicut, Conchinchina, Champa, Siam, de las Yslas de Zeylán, Japón, Java, y otras, juzgando de conservar mejor el cuerpo del estado por este medio, y con vedar a los naturales la salida de sus Dominios, estorbando por otra parte la entrada en ellos a los Tartaros, con la circumbalación de aquella célebre muralla de quinientas leguas de largo. Con este recogimiento en si mismo creyó poderse mantener más quieto, y seguro, ignorando, que los grandes Dominios no se gobiernan con tener los vassallos entorpecidos, sino exercitándolos continuamente en la Guerra. Empero del mismo modo que los Rios caudalosos salen de madre si se les cierra el paso por donde suelen correr, e inundan los Campos con daños irreparables, assi le vino a suceder a este dilatado, y opulento Ymperio con la crecida multiplicación de sus Vassallos, que atajándoseles la salida, y aumentándose cada día en el ocio de la Paz, cayó fatalmente oprimido de su mismo peso: pues en el siglo corriente unos hombres viles, y baxos, cada uno de por si levantándose en diferentes partes de aquel Dominio con el séquito de poderosos Exércitos robaban el País, y destruían las Provincias, hasta que los más fuertes oprimiendo a los más flacos, se quedó en uno el mando absoluto de los levantados, y ni bastando las fuerzas del Emperador para remediarlo, se atrevió el Caudillo de aquella gente infame a acometer la Ciudad Metrópoli de su residencia: y viéndose aquel Monarca perdido, para no caer debaxo de la mano de aquel ladrón levantado, degolló primero a la Princesa su hija, y él después se colgó de un árbol de su Jardín, y el traydor revelde usurpó el Cetro-Real. El General de los Chinos, no sabiendo que hacerse llamó en socorro del Ymperio a los Tartaros, sus enemigos, derribando gran trecho de aquella soberbia muralla, que había servido de freno contra los mismos, y con este poderoso auxilio, quedaron deshechos los levantados, pero no libres los Chinos del yugo de la servidumbre que el Tartaro les puso. Este lastimoso successo le ocasionó la necia política de sus Príncipes, que afianzaron la seguridad de tan dilatado Dominio en la crecida multiplicación de los Vassallos, de cuyas fuerzas se ocasionó su caída y del ocio torpe de la paz. Y aunque no es negable, que la grandeza de un Ymperio influye respeto, y temor a sus confinantes, sin embargo lo dilatado de él obliga a maior cuidado, y es ignorancia persuadirse, que se pueda gobernar con tan buen Orden, que no adolzcza alguna vez, por que mientras hubiere hombres no faltarán desórdenes: fuera de que, en ninguna parte suya tiene la naturaleza humana una entera perfección, y conforme los cuerpos, que padecen achaques por abundancia de humores pecantes, suelen evacuarse para recobrar la salud: lo mismo, pues, se ha de obrar en el cuerpo político de un Estado muy lleno, y sobrado abundante, por que la superfluidad de los Pueblos le hacen enfermar, y talvez le matan.

Peró dexemos a los Príncipes bárbaros, y a los Climas remotos para observar a los Potentados Christianos, que más refinados en los manejos de estado por

varios caminos, y diferentes modos alivian sus Dominios de este peso pernicioso a la propia conservación. Hagamos el primer reparo en el Rey Christianísimo, que necesitando más que otro Príncipe de remedios semejantes por la crecida procreación de sus vassallos, cuya libertad en el modo de vivir les da más aumento; y veremos, que no contento de embiarlos como corderos al Sacrificio debaxo la mano de otros Generales, el mismo suele llevarlos a la Guerra, logrando por este medio, que le siga voluntariamente casi toda la Nobleza, y no dilatando la ejecución de sus ocultos designios, luego en los sitios que ha plantado a las Plazas de Flandes, no llevando la regularidad de los ataques, en que fueran sus conquistas a menos costa de gente, abriendo la brecha con las baterías, embía luego los soldados al asalto, y por ser la forma más arriesgada, y violenta, hace una horrible carnicería de los pobres vassallos, para tener pretexto de sacar nueva gente de sus Reinos, para recluta de los Exércitos; y se cuenta de este Rey, que asistiendo personalmente a mirar el abance de una Plaza de Flandes a su vista llevados los inocentes de la vanidad, haciendo alarde del propio valor, buscaban con más porfía el peligro: Sin embargo, la gallarda resistencia de los Españoles, executaba grande mortandad en los Franceses: No obstante, despreciando los agresores el riesgo, y la muerte en presencia de su Rey crecía mucho más el estrago, hasta que el Mariscal de Chombergh, lastimado del caso, le dixo: Quitese V. M. de aquí si no quiere ver destruido su Exército en este asalto, ignorando, o disimulando de saber los motivos del Christianísimo destar en aquella ocasion a la mira de todo. Sin embargo, para que no se acabe la Guerra con las conquistas, y no cese esta grande evacuación de sus Reynos, concluye la Paz, sin faltarle jamás pretextos para la Guerra como se havisto en otros rompimientos, buscando siempre nuevas razones para ello, procurando un título especioso, que pueda dexar el motivo de sus Armas. Luego con tantos escarmientos de este Rey, qué dixemos de la Paz, que nos ha otorgado? que es un engaño presente, y una Guerra futura: con que verosimilmente podremos arguir, que por la necesidad en que se halla detener en pie la Guerra, la Paz que suele darnos, es más una dilatada Guerra, que verdadera Paz: para cuya observación en los Príncipes no tienen fuerza los Juramentos si se interpone la razón de estado, y las promesas en las Capitulaciones del ajuste: solo se estienden hasta donde lo permite la conveniencia de la Soberanía, interpretando las clausulas del concierto según la propia voluntad. Ludovico Duodécimo Rey de Francia, observó esta máxima en todas sus cosas, variando la interpretación de sus palabras según la diversidad de los fines que tenía, explicándolas más como Abogado, que Príncipe. El sr. Emperador Carlos Quinto, reconvenido una vez a observar lo que había ofrecido, respondió, que entonces se había conformado con el tiempo. María Reyna de Escocia, aunque muger, penetró esta fina máxima de Estado, diciendo, que las promesas que se exivían a los Príncipes, se habían de extender hasta donde convenía observarlas. Pero más relaxadamente se sirvió de esta Política Felipe María Vizconti, Duque de Milán, afirmando, que el jurar, prometer, confesar, y negar, eran cosas de Príncipes y según este dictamen era muy decantado por toda Roma, que Mexandro Sexto jamás hacía lo que decía, y el Duque Valentino, su hijo, nunca decía lo que había de hacer. Y bolviendo al Rey de Francia, se havisto, que si se mudan las circunstancias de sus conveniencias, muda también sus operaciones, ora haciendo la Guerra, ora concluyendo la Paz, y siendo cosa en el poco durable abandona, o restituye para el ajuste gran parte de sus conquistas, para tener a donde bolver a sacrificar la vida de sus Vassallos: Que si esta razón no le diera motivo para ello, para que había de abandonar con la Paz lo que había defendido con tanta sangre de sus vassallos? En esta conformidad ha pocos años, que vimos ceder la Borgoña,

y otra vez ganarla: desamparar todas las Conquistas hechas en Olanda, que fueron ochenta y dos Plazas, y restituir algunas en Flandes, a unas desmantelando, y a todas quitando la Artillería, como despojos, y memorias, que habían sido trophéo de sus Armas vencedoras, cuías Guerras me aseguraron unos Cabos Franceses dela primer gerarquía hallándome prisionero entre ellos, habían costado a este Monarcha casi un medio millón de vassallos. No es su fin el aspirar a una Monarquía universal, por que llegando a este último grado fuera perderse: pués faltándole la Guerra cesaría este grande desaguadero desus Dominios, y las mismas espadas, que ba esgrimiendo contra los Enemigos, se bolverían contra sí con Guerras Civiles como lo ha experimentado otras veces hallándose en paz con los otros Potentados: con que no aplicando este remedio se viera mui fatigado dela multitud desus Pueblos, por que para ser Rey, es bastante un número competente de vassallos, y un excesivo para ser Esclavo, siendo imposible la quietud, y el mucho Pueblo. Henricus Tercero, Rey de Francia, haviendo reconocido esta verdad, mirando un día desde el Collado de San Clu a Paris, prorrumpió en estas palabras: Tu ercs cabeza demi Reino, pero cabeza mui gruesa, que necesitas de grande evacuación, pero la executaré con raudales de Sangre.

Nasica conociendo esto mismo de Roma, se opuso a Catón enel Senado, que aconsejava la destruición de Carthago, pues anteveía la caida de la República, como quiera que sin la Guerra cesava la continua evaquación delos hombres superfluos de su gran cuerpo. Esta prudente consideracilón dió motivo a Cipión Emilano, siendo Censor, de reformar en las públicas Rogativas de aquel verso: *Dii augerent publicana*, haciendo que se dixese *conservate*; pareciéndole, que se había dilatado mucho, y corría peligro de declinar y ninguna otra cosa le aceleró más el yugo de la servidumbre en las Guerras civiles, que su desmesurada grandeza como haver sugetado el Mundo hasta entonces descubierto, pues no teniendo a quien hacer la Guerra, no podía evaquarse de los humores pecantes, y sediciosos, que ocasionaron la muerte a su libertad. Pero no siempre la dolencia deesta superfluidad se ha de curar con la Guerra, por que con su continuación se pudiera manifestar el ánimo deel Príncipe, y por esto se han de aplicar otros preservativos no menos violentos, y eficazes. Hemos visto en este siglo, que no haviendo bastado muchos garrotes secretos, sin los publicos suplicios que hizo executar en un Reino un gran Ministro, y maior político para restaurarle dela dolencia pedecida en su rebelión, ni el haver poblado las Galeras de canalla sediciosa, sin las Levas inmediatas para la restauración de unas Plazas, viendo que quedava todavía enfermo por plenitud de humores rebueltos en su cuerpo político, dexo la receta a su sucesor para la cura deél; en qual como valiente Médico le purgó con la Peste, que enél introduxo, la qual haviendo hecho un grande estrago en la Pleve, aquel celebre Reino recobró su salud. Este remedio, aunque parece cruel, es necessario quando se aplica a unos Pueblos inconstantes, y libianos enseñados a atropellar la autoridad del Príncipe con alborotos, y sediciones y muchas veces a querer pasarse a otro Dominio, y assi pudiéndose recelar justamente, que los mismos que han delinquido contra la Magestad del Príncipe y se les ha perdonado, intenten nuevos perjuicios en adelante, no seles debe perdonar menos que con la vida.

Otra cura tan acertada por via de dicta se dió en estos tiempos a otra Provincia, haviendo muerto de hambre la quinta parte de sus moradores sin embargo de ser el Reino más abundante de Trigo, que se reconoce en todo el Mundo; pero dexaronle tan apurado, y exausto con la saca que hicieron, que sobreviniendo por necesidad la penuria, resultó morirse de ella más de doscientas mil personas; y una Ciudad de las grandes de aquel Dominio acudiendo al Gover-

nador de otro, para que le concediese alguna extracción de trigo; un Ministro gran político, que gobernaba aquel Pueblo, queriendo lograr tan buena ocasión, le advirtió, que no convenía, y le negaron lo que estaba para concederse; pues necesitando de alguna evacuación por hallarse con repleción de humores pccantes, y perniciosos al cuerpo del Estado, vino a conseguir el intento, habiendo hecho la hambre en ella un estrago maior, que en ninguna otra parte del Reino. Las prevenciones del remedio son acertadas quando se tiene bastante recelo de algún desacierto en lo futuro, como dela tal Ciudad pudo temerse, y que vino después a suceder lo que estaba antevisto, en cuyo caso los preservativos para la cura han de ser rigurosos. Con estas purgas se limpia el cuerpo de un Estado, que se halla demasiadamente repleto; y quanto más lo estubiere, será fuerza, que los Médicos políticos le apliquen más violento el remedio. Mas no se ordena el mesmo a uno, que a otro si son diferentes los temperamentos, y complexión, aunque la dolencia sea la misma. La propia diferencia se observa en la cura de los dominios, no pudiéndose siempre usar un método con todos, se muda la receta, y se logra el mismo fin de destruir la multitud, y particularmente en las Provincias Estrangeras, que quanto más desviadas dela cara del Príncipe, sufren con maior aborrecimiento el yugo dela servidumbre que si en el principio le recibieron con amor, andando el tiempo le toleran con odio, sea por el ingenio inquieto de los dominados o sea por cause dela codicia de quien los gobierna o sea finalmente por la Diferencia, que experimentan en el tratamiento de el Príncipe, que repartiendo los honores de su Monarquía los considera como advenedizos y con este nombre de extranjeros llamándolos como con desprecio la Nación dominante, ofenden no poco sus odios y en realidad siendo todos igualmente Vassallos, todos havían de ser igualmente considerados; y como no hay Rey Extrangero para sus súbditos, assi no hay súbditos Estrangeros para su Rey. Los Romanos que miraron a la conservación de tan dilatado Ymperio, los admitían a la naturaleza dela Ciudad y aun a los maiores grados dela República cuya política no habiendo observado los Athenienses, ni los Espartanos con los Pueblos conquistados, declinaron de aquella grandeza en que sus Armas los havían constituido. De que se infiere el particular cuidado que se ha de tener en el dominio de las Provincias Estrangeras, y para esto el Príncipe de una dilatada Monarquía dividida en muchos miembros, ha de vivir noticioso de los Vassallos que posee en cada Provincia, de los Presidios que mantiene en cada una de ellas, de los tributos que le pagan, dela inclinación de sus moradores, de los Potentados con quienes confinan, si son los aliados, neutrales, o enemigos; y finalmente de todo quanto necesita para el acierto del Gobierno. Esta enseñanza es de Augusto, que con toda individualidad tenía escritas en un librito semejantes noticias de las Provincias del Ymperio. Por que sucede, que no todos pueden gobernarse con una misma formalidad; pues a las que confinan con otros Príncipes, no se les ha de alterar sus antiguas leyes, y costumbres, ni con violencia cargarles más tributos de los que suelen pagar; por que violentándole qualquiera de sus privilegios, y exenciones, pasan de la murmuración a la queja, y de ésta al remedio de las Armas que asistidas, y fomentadas de los Potentados confinantes, suelen ocasionar grandes ruinas. Y dexando muchos exemplares antiguos, tenemos muy a la vista el de las Provincias Unidas dela República de Holanda, que de Alemania, Ynglaterra, y Francia solicitando los auxilios, se han constituido después de muchos años de cruelísima Guerra en la Potencia en que oy se hallan. Quando antiguamente obedecían al Dominio dela República Romana, las vejaciones de sus Ministros también les dieron motivo a rebelarse. A esta novedad luego ofrecieron los Alemanes confinantes armas auxiliares para alentar la Guerra empezada y como

entonces tubieron a Civil, hombre de la primera representación entre ellos, que sobreviendo con puesto entre la Milicia Romana, fomentava ocultamente la rebelión delos Batabos, aguardando delos sucesos del Consejo para resolver de su persona. Del mismo modo emos visto renovado este exemplo en nuestros tiempos del Príncipe de Orange, vestido con las mismas circunstancias que entonces, pudiéndose decir deél loque se dixo de Civil, que dela disimulación pasó con desahogo a acaudillar los levantados, y por esto el Príncipe ha de estar advertido, que si en alguna desus Provincias se hallare persona, que en sangre, riquezas, y respeto se constituye en superior grado, que los demás, como la cabeza a los otros miembros debe apartarle dela veneración de aquellos Pueblos con algún pretexto para que con la autoridad no se usurpe el mando, y con la inclinación de obedecerle los demás, no intente alguna novedad de perjuicio. Si en otro tiempo se hubiera observado esta politica, no hubiera visto este siglo pasar un vassallo al Principado, y competir la igualdad con quien fuera oy su lexítimo Rey. Una sombra de recelo es bastante en tales casos para asegurarse el Príncipe deestos Grandes, apartándolos de aquellas partes a donde por hallarse poderosos en adherencias, y séquitos no les fuera dificultoso emprehender qualquiera cosa contra el poder Soberano desu Rey. Tiberio, que nada ignorava de las cosas de estado, receloso de Germánico, temiendo, que la grande veneración que le obserbava el Exército poderoso dela Germánica, no le adelantase a la pretensión del Ymperio, le arrancó (por decirlo assi) de en medio delas legiones Romanas, con pretexto honorífico del triumpho decretado. A veces los Vassallos deesta primer gerarquía refutan los honores, que los obliga a salir dela Patria: El Príncipe entonces con nuevos impulsos debe ofrecerse los maiores, para que cevados de ambición salga de la Provincia con sus personas el recelo del escándalo temido. Resistiose Germánico a los avisos de Tiberio de pasar a Roma al triumpho con el motivo de acabar la Guerra contra los Germanos; pero como a Tiberio más le importava sacarle del Exército, que destrucción del Enemigo, repitiole nuevas órdenes con maiores instancias, diciendo le havia hecho otra vez Cónsul, que viniese a exercer el puesto: Calló, y obedeció. Semejante estratagema usó Domiciano con Agrícola para sacarle de Ynglaterra, a donde el célebre renombre que se havia adquirido le causaba temerosos cuidados: Pensó luego apartarle de aquel Reino haciéndole decretar del Senado los honores triumphales; ni parciéndole esto bastante, diole a entender le tenía destinado el Gobierno de la Siria, por la muerte de Atilo Rufo, que solía darse a los que havían tenido graduación de Cónsul: con la exaltación extraordinaria deeste puesto discurrió era bastante para sacarle de Ynglaterra quando no hubiese ya partido para Roma. Con este acuerdo dió la Patente a un Liberto, de su más confidencia, para que sela llevase, con orden, que sino le hallava enel Reino, no se la diese; por que siendo su fin apartarle deél, una vez partido havia logrado lo que deseava, y assi sucedió, por que haviéndole encontrado enel Estrecho del Canal, no le dixo palabra, y se bolvió otra vez a Roma. Pero si todas las dilixencias no son bastantes para sacar de la Provincia al Personage de quien se recela, y que con su resistencia acredita más las sospechas, debe entonces el Príncipe pasar a más gallardas resoluciones. Galva Emperador, a la primera noticia que tubo, que Clodio Marco fomentava disensiones en Africa, atajó con la muerte, que mandó darle, laruina, que prevenía en aquella Provincia, y aprovó el homicidio de Fonteyo Capitón, que enla Germania solicitava lo mismo. Si con él de Orange se hubiera executado esto mismo, que después tarde se hizo, hubiera faltado este Caudillo a los reveldes de Flandes, que tanto adelantó sus cosas. Carlos Nono, Rey de Francia, viendo que de ninguna forma havia podido apcar al Almirante Caloñi del gran séquito,

y autoridad que tenía en sus Reinos, inquietándolos tantas veces con la Guerra, le adormeció con la paz, y quando se tenía por más seguro dentro de Paris, le hizo dar la muerte, y a todos sus sequazes, con célebre assadía, y disposición en el día de San Bartholome, troncando de una vez las cabezas a las idras de las Sediciones, que repetidas veces había fomentado en la Francia. El Duque de Alba siguió esta máxima con el Conde de Egmont, y con él de Orno, aunque haviéndose maliciosamente ausentado el Príncipe de Orange, había de haver disimulado el intento de esta resolución, hasta asegurar al otro de sus recelos, y cayendo en el lazo, podía entonces con más seguridad executar la muerte de todos. Esta inadvertencia fué la causa de que no se extinguiesen aquellas primeras centellas, que se dilataron con horrorosos incendios, por que si los Flamencos se hubieran visto también destituidos de esse Caudillo, que era de la primera suposición entre ellos, solos no se hubieran atrevido a ninguna novedad.

Henrique Tercero Rey de Francia fué culpado de este mismo yerro quando hizo dar la muerte al Duque, y al Cardenal de Guisa, no advirtiendo que quedava fuera de la red el Duque de Humena, hermano de entrambos, que causó después tantas ruinas en la Francia con las Guerras Civiles. El Emperador Ferdinando Segundo con más acierto apagó la llama de un gran fuego, que estaba para levantarse, fomentada de la profunda ambición del Volestain, haciéndole dar la muerte en el Castillo de Egra, no solo a él, más a todos los Cabos que le seguían, para que no quedase ninguna reliquia, que pudiese inficionar el Ejército, y propagarse un nuevo incendio de rebelión, con grave perjuicio del Ymperio.

Los Príncipes no han deponer en disputa su autoridad con sus vassallos, ni darles tiempo, que cobren reputación con las Armas, debiendo procura de qualquier manera su opresión para que sirva de escarmiento a los demás inquietos, y mal contentos. Corbulón a las novedades que intentaba Gramnasco entre los Caucos, no quiso con la fuerza de las legiones Romanas oprimir sus desbarrios, y procuró mañosamente hacerle matar, por que pasando a los tranzes de las Armas con los reveldes se desautoriza tal vez el crédito del Príncipe, y más sino corresponde el sucesso al deseo del castigo. Los Romanos jamás pudieron vencer a los Portugueses a la obediencia de Vassallos viviendo Viriato, que los mantenía en su rebelión, ni habiendo bastado tantas batallas como hubo, pensaron finalmente hacerle dar la muerte, y obraron en esto con tanta sagacidad, que de los suyos mismos le hicieron matar, y de esta manera redugeron otra vez aquella Provincia al yugo de servidumbre: grande exemplar para los successos de nuestros tiempos. Finalmente, qualquiera vassallo, que haga sombra a la Soberanía del Príncipe, antes que más se extienda debe quedar oprimada. A Muciano, pareciéndole que el hijo de Vitelio podía ser motivo de nuevas Guerras, troncó con su muerte todos los recelos. El Duque de San Germán imitó esta máxima mirando a la quietad de Zerdeña, en aquellos incidentes de la muerte del Marqués de Camarasa, remitiendo a España cinco títulos de aquel Reino, cuya autoridad era mucha entre aquellos naturales, y a los Cabos que veníamos entonces en los vageles de la Armada Real nos dió orden por escrito, que habiendo tenido noticia, que ocho Navios de Guerra de Francia habían salido de Tolón en busca de los tres nuestros para livertar los referidos títulos, en tal caso, les diese a todos la muerte, hechando los cadáveres a la mar; prevención cuerda, y política, por que faltando a los Franceses estos Caudillos, quedava segura la Zerdeña de nuevas inquietudes. Pero si de esta esfera de Grandes de quien hablamos, se halla alguno gobernando una, o más Provincias, cuya larga asistencia en ellas ha podido darle ensanche de arraigarse en el cariño de sus naturales; de forma, que pueda ocasionar algun recelo en el ánimo del Príncipe, debe entonces apartarle de aquel Empleo,

antes que tome más fuerza el escándalo; por que cierta cosa es, que el ánimo humano no es tan desnudo de ambición, que pudiendo mejorar fortuna, pasando de un estado privado a él de Príncipe, dexé de hacerlo, aprovando el parecer de Cayo Cesar, que decía, que si en ningún tiempo se había de violar la justicia, sola por el desco de reynar se podía hacer, que en lodemás se habían devenerar sus preceptos. Las Historias no carecen de exemplares para escarmiento delos Príncipes. Antipatro que en ausencia de Alexandro gobernaba la Macedonia, fué echando los cimientos dela Soberanía, que vino a lograr. Miguel Paleologo, se usurpó el Reino de Constantinopla, excluyendo de él al lexítimo heredero. Hugón, Virrey de Yrlanda se hubiera levantado con el Reino, si Henrique Segundo Rey de Ynglaterra, no lo hubiera remediado, quitándole con tiempo el Gobierno. Sirifo Asán, ocupó el Reino de Fez, despojando a su lexítimo Señor. Y sino queremos desbiarnos delos límites de España, tenemos mui presente el suceso de Portugal. El Rey Don Fernando el Cathólico, que poseyó toda la política, y la prudencia, no dió lugar al Gran Capitán, que pudiese pensar otro tanto, y previno con tiempo el desorden, que podía suceder. Y el presente Rey de Francia haviendo reconocido, que los Gobiernos perpetuos, que gozavan los Príncipes de la sangre habían servido otras veces de apoyo para dar maior rigor a las inquietudes del Reino, ha dividido en otra forma las Provincias, variando sus Gobernadores y mudándoos quando le parece convenir. Los Prócercs de una Monarquía no deben perpetuarse enel Gobierno de las Provincias; por que quando se les destina un nuevo successor, hallan grande repugnancia en desistirse del mundo. Es muy sabido loque fué menester para sacar de Nápoles a Don Pedro de Toledo y las cautelas, que para ello se usaron: Luego es tan saludable, como necessario al Príncipe, que los Gobiernos desus Provincias sean por tiempos limitados, por que los hombres hechos a la costumbre facilmente pueden reducirse a una vida privada, que antes tenían. La República Romana mientras observó la Ley de aquel Pretor ocupase el Magistrado por un año, y el Cónsul no pasase de dos, se mantubo en su livertad; pero haviendo sus Ciudadanos roto los límites deesta observancia, se encendieron las Guerras Civiles entre Sila y Mario, y las de Pompeyo con Cesar; y con la Dictadura perpetua, que este usurpó puso el yugo a la República.

Prosiguiendo a discurrir del Gobierno delas Provincias sugetas, paso a la consideración de las que son recién conquistadas reducidas estas debajo de un nuevo Dominio. Toleran con dolor la mudanza deel Estado por el cariño, que nace, y crece naturalmente en los Vassallos hacia la Perssona del Príncipe, que han venerado, y conocido. En tal caso para que se borre en ellos este sentimiento conel alhago, y buen trato del nuevo dueño, debe aliviarlos de Tributos, con los quales el pasado Príncipe los tenía oprimidos. Tiberio usó de esta política con el Reino de Capadocia, cuio Rey haviendo hecho morir en Roma de pesadumbre, reduxo en Provincia todo su Estado, y para que no tubiesen los Capadozes motivo de sentir esta nueva dominación, los aligeró de algunos tributos, que al muerto Príncipe solían pagar, para quietarlos con la blandura del nuevo yugo. Otras hai a quienes consintiendo el Príncipe algunas exempciones que siempre han gozado: dexándolos continuar en aquella forma de Gobierno se conservan fidelísimos que no haciéndolo se causarían muchos escándalos contra el poder Soberano dela regalía. Aragón, Valencia, y Vizcaya, han sido inalterables conservándoles sus privilegios: Cataluña, y ultimamente Mccina, a quienes no haviéndoseles guardado con puntualidad dieron principio a grandes ruinas (aunque a veces le conviene al Príncipe dar los motivos a una Sedición como más abajo iremos mostrando.) Pero en algunas Provincias no bastando la Clemencia, ni el rigor por la ferocidad

de sus naturales, se han de sugetar con la fuerza de Presidios bastantes, y con Ciudadelas y Castillos, cuyo remedio había de aplicar el sr. Emperador, con los Ungaros tan pertinaces, cuyos ánimos, ni el castigo, ni la Clemencia han podido reducir a la debida obediencia de su Príncipe, turbando continuamente el Estado con Guerras Civiles. En este género de Provincias, o bien en todas para evitar algun daño futuro en perjuicio de la Soberanía. El Príncipe había de dividir los ánimos de la Nobleza, con los de la plebe, sembrando odios, y zizañas entre ellos por que de la misma forma que la concordia engrandece las cosas pequeñas, la discordia desvanece las grandes y para gobernar bien esta máxima, el Príncipe había de afectar con los nobles, y plebeyos un fingido cariño, esforzándose a demostrar con el mismo disimulo, que solicita esta correspondencia de ambas partes; por que entonces con este artificio podría con más crédito introducir entre ellos la discordia, a que debe dirigir todo su cuidado. Y aunque la plebe sea de más consideración por ser más numerosa, sin embargo las violencias de sus movimientos dura poco, por la variedad de tantos pareceres de que se compone la multitud, que no se sujeta mucho tiempo al mando de uno solo: siendo más detener en las revoluciones de Estado la Nobleza por la unión con que se conserva, y executa sus resoluciones. Nápoles, y Palermo desbancaron luego sus tumultos populares, por no haber los nobles adherido a ellos; pero si Nobles, y Plebeyos juntos forman un cuerpo, se hace tan formidable contra los intereses del Príncipe, que pocas veces buelven a restituirse a sus obligaciones. Tenemos el exemplo de Portugal, y Cataluña: aquel totalmente se perdió; y esta después de muchos años de Guerra sangrienta, pudo restaurarse. Pero no siendo factible remediar todos los desórdenes del Mundo, deben los Príncipes muchas veces disimularlos, para que sean remedio a más ruina; pues en lugar de prevenir alguna sedición en un Pueblo incorregible, e insolente en el abuso de sus privilegios deben dexarla correr sin procurar apagarla, o atajarla para valerse después de la coyuntura en el castigo del delito con quitarle lo que llamaban privilegio y en realidad no es sino perjuicio de la pública quietud. Otras veces ha de darle motivo a la revelión para tener pretexto de exterminarle concediéndoles fueros, y exenciones, que haciéndole ensoberbecer, se arroja a quererlos mantener con alborotos, e inobediencias, dando ocasión al Príncipe de executar sus ocultos designios, con pasar a la venganza de la ofendida Magestad, castigando como reuelde a quien había dado todos los medios para serlo. Tiberio, que fué dueño de todos los arcanos de la dominación, lograba semejantes ocasiones quando se le ofrecían; pues haviéndole avisado sus Gobernadores de la rebelión, que maquinaba Sacrobio en la Francia, con disimulo despreció la noticia para dar más fomento a la Guerra, y aniquilar por este medio a aquel Varón Poderoso, y a los que le seguían, como sucedió; por que haviéndole derrotado el Ejército Romano, desesperado se dió la muerte, con todos sus Compañeros y entonces se conoció el valor de esta Máxima; por que Tiberio logrado que hubo el exterminio de los reueldes, escribió al Senado (hasta entonces ignorante de lo que pasaba:) el principio y fin de la Sedición, que había mostrado no curar, informándole, que con las instrucciones, que había dado a sus Capitanes, y haviéndolas ellos bien executado, se había conseguido la gloria de aquel suceso. Alimentándose, pues, con el estímulo las sediciones y prorrumpiendo después pasa el Príncipe al castigo, condenando unos a muerte, otros temerosos de perder la vida, se destierran voluntariamente de la Patria; y por que los que en ella se quedan, acordándose de las pasadas prosperidades pueden ocasionar nuevas inquietudes, y especialmente los que tienen pensamientos libres, antes que tomen algún respiro se les debe añadir intolerables tributos, para que se vean obligados a buscar otra parte a donde vivir; enseñanza,

que dexo un Emperador Romano a los demás Príncipes y de este modo se consigue el alivio del peso, que tenía oprimida la autoridad del Soberano dueño, y para no descubrir el secreto de su pensamiento cautelosamente ha de prevenir las disposiciones para lograr el intento, particularmente en unos Pueblos ricos, y Opulentos por una paz continuada, y por esto más soberbios, y recalcitrantes, con quitarles buena parte de las Guarniciones, que pueden atemorizarlos o no tener en toda la Provincia ningún nerbio de Ejércitos, o Armadas, que les sirva de freno oponiendo a su Gobierno algún Ministro más blando de lo que requiere la ferocidad de aquellos ánimos o substituyendo en su lugar otro más riguroso, que sea no menos inexorable en los delitos graves, que duro y áspero en los leves con cuyo motivo se atreban a atropellar con violencias a los Ministros del Príncipe para que después con el castigo pierdan aquella libertad, que antes les concedía en atención de algunos servicios envejecidos, u olvidados por el curso del mucho tiempo dexándolos por fin, y postre destruidos, y aniquilados.

Pero son tantas las causas inopinadas, que ocasionan los desaciertos en los vassallos, que es imposible, que el Príncipe pueda prevenirlos todos, y comprenderlos con su inteligencia, y capacidad y assi debe disimular quando sus Ministros inferiores a cuyo cargo está la Política del Gobierno, concurren a destruir insensiblemente los Vassallos por una mala habituación introducida de uno en otro, como es permitir, que unas persecuciones duren más tiempo de lo que es necesario: tener suspensos los pleitos hasta que se empobrezcan, y destruyan las partes litigantes: Consentir que los Templos sean amparo de Usurpadores de la hacienda agena, refugio de homicidas, y cueba de ladrones. Permitir cantidad de Médicos Mozos, y sin experiencia, que ayuden a despachar la vida humana, como hacen los del Reino de Escocia, que teniendo natural enemistad con los Yngleses, embian todos sus Médicos estando en la juventud a curar en Ynglaterra, para que a costa de la vida de sus enemigos, aprendan las experiencias, que requiere esta ciencia para la curación de los cuerpos humanos. No castigar los delinquentes para que el ofendido procure la venganza del agravio recibido, y este después viviendo como foragido tener pretexto de perseguir no solamente al Vandido, pero también destruir a los adherentes, aniquilar a los amigos, y arruinar a los valedores. Con estas, y otras semejantes purgas ligeras se preservará el cuerpo político de abundancia de humores, y pudiéndose hacer todo esto por medio de las leyes, no necesita el Príncipe de exemplar su autoridad para el mismo fin.

Son muchas las trazas, máximas, y estratagemas de que puede servirse el Príncipe para dar a entender al Mundo, que todo quanto hace lo funda en razón, y justicia sin que el bulgo alcance a penetrar ninguna de sus operaciones, engañando también a los más sabios y prudentes, para que no reconozcan lo ambiguo de sus intentos, por grandes que sean, vistiendo sus discursos de palabras obscuras, de conceptos profundos, aun quando parece que se da claramente a entender y menos algún Ministro de la primera suposición en quien alivia el peso del Gobierno: los demás subalternos han de vivir tan ciegos como la Plebe más ínfima: más para vendar totalmente los ojos de los vassallos, y que crean que el Príncipe está desvelándose al maior bien, y quietud de ellos, los ha de alhagar con la Paz, que tanto han deseado durante la Guerra, sin que puedan penetrar con este engaño, que haviendo turbado la Paz por el deseo de la Guerra, no puede dexar la Guerra por el celo de la Paz por que en esta no mueren los vassallos sino atendiendo a los méritos de sus delitos; pero con aquellos inocentes, y culpados corren una misma fortuna. Sin embargo, del mismo modo que los grandes artifices con pequeños instrumentos mueben máquinas de mucho peso, assi la sagacidad del Príncipe por caminos extraordinarios, ha de dar impulso, y motivo a

los otros confinantes, que lerompan la Guerra para que crea el Pueblo engañado, que es necesario armarse para la propia defensa, amplificándole con industria, y maña la importancia del caso para que con este artificio contribuya no solamente con las personas, más también con la substancia de los Caudales librando todas sus esperanzas con el amparo del Príncipe, para que le afianze de las calamidades, que mañosamente le ha procurado comprando a costa de sus vidas el sosiego de él quando juzgan solicitar el propio ignorando, que la Guerra, que emprende es necesaria a su persona como funesta a sus vassallos aunque para esto deben los dominantes imitar a los Médicos experimentados, que se abstienen de purgar un cuerpo enfermo en la Canícula, y aguardan tiempo más oportuno para ello. No quieran, pues, de su propio motibo, por no convenir algunas veces, hacer ninguna evaquación de sus Reinos con la Guerra y aguarden ocasión, que otro se la intime con haverle ya dado motivo para que lo haga; siendo a veces Dogma político sufrir la Guerra, y no hacerla para engañar los vasallos con mostrarles la obligación dela defensa, en la qual igualmente mueren como en la ofensa. Luego con estas ponderaciones podré seguramente afirmar, que ningún Reino grande, y poderoso podrá mantenerse mucho tiempo en paz; por que sino tiene algún enemigo fuera, lo tendrá dentro con más peligro. De que se infiere, que los Príncipes de grandes, y poderosos Dominios, no hacen la Guerra con el fin de ensancharlos y estenderlos más dello que son recibiendo el Consejo, que dió Augusto a Tiberio de limitar entre razonables términos el Ymperio. Pues este gran Príncipe sosegadas, que tubo las Guerras intestinas, aniquilandas las facciones contrarias con la prescripción, desechó el Triumbirato, y abrogándose todo el mando, mantubo el Mundo en paz, sin querer intentar otras conquistas, y solo hacía la Guerra a los Germanos, para vengar el ejército, que degollaron de Quinto Varo, sin tener ninguna ambición de dilatar el Ymperio. Y Tiberio habiendo examinado esta advertencia, que le dexo con prudente conocimiento, abrazó el consejo sin desviarle de él en tanto grado que el Pueblo Romano no penetrando la prudencia de este Príncipe le tenía por hombre descuidado endilatar el Ymperio aunque esta política observaron después muchos Emperadores Romanos; pues habiendo Julio Cesar puesto las aguilas Ymperiales en Ynglaterra sus sucesores siguiendo el parecer referido de Augusto, la dexaron libre, y aun olvidada, no obstante que se hallase el Ymperio desembarazado de Guerras, y siguiendo esta misma máxima el successor de Trajano, desamparó algunas Conquistas de su antecesor, entre ellas tres hermosas Provincias la Siria, Mesopotamia, y Armenia. Todos los Emperadores que fueron de este dictamen reconocieron, que la seguridad de un dilatado dominio consiste en limitar el poder de sus fuerzas y no estender con maiores conquistas los confines desus Estados por el riesgo dela caída, siendo solo el fin dela Guerra minorar la multitud perniciosa de sus vassallos, y no acrecentar nuevos Dominios. El Rey de Francia ha observado esta política no obstante las formidables fuerzas conque se halla, restituyendo, como es visto, muchas Plazas desus Conquistas, que bien podía haver mantenido con las Armas, y las que ha detenido, o es para lisongear los vassallos, haciéndoles creer ventajosas las condiciones de una Paz disimulada, aunque muchas veces el Vulgo suele desatinarse con sus discursos, viendo perder algunas ocasiones en que se puede vencer al enemigo, sin que sepa conocer el fin oculto de convenir la continuación dela Guerra o reparando, que se emprehenden cosas inútiles, o dificultosas de conseguir: Deforma, que por su incapacidad no pudiendo percibir ni comprehender el misterio del Gobierno por lo que tiene de grande exclama contra él, infama a los Ministros, y se queja dela fortuna; y finalmente, sin conocer, que es ignorancia en las cosas naturales recurrir a la primera causa, dize, que

Dios nos castiga por nuestros pecados, dándonos Príncipes, o por la edad incapaces, o por sus vicios descuidados en gobernarnos; y pronunciando otros mil desatinos vibre muy satisfecho de penetrar la política del Gobierno.

Haviendo puesto en claro esta forzosa necesidad de los Príncipes para poder conserbar sus dominios; también digo, que no basta solamente saber los remedios para ello, sino que es menester aplicar un continuo desvelo la desconfianza, que son los fundamentos de la prudencia humana para que se aprovechen de todas las ocasiones, que conducen a la propia utilidad; si bien no todos los Príncipes necesitan de la violencia de este remedio; pues vemos, que la España con ser un cuerpo tan basto por medio de los cauterios que tiene abiertos, purgando continuamente se asegura de abundancia de humores pecantes, se alivia con las reclusas de los Presidios, que mantiene en Nápoles, y Sicilia, con las Levas para los Exércitos de Flandes, Cathaluña, y Milán, con embiar gente a las Plazas de el Africa, y sobre todo con un continuo pasage de los Españoles a la América: con que desde el Rey Don Fernando el Cathólico a esta parte con estas evaquaciones sin cesar, no han tenido que rezelar nuestros Monarcas, que se multipliquen en demasía los Vassallos en estos Reinos, y el estar más exhaustos, que llenos de gente, los constituye más seguros de ruidos, que la multitud en otros Estados suele ocasionar.

Algunos Potentados a quienes faltan semejantes lenitivos, se ven obligados a descargarse de este peso con medios violentos, como son los Príncipes del Norte, que viben más oprimidos, que otros de la multitud de gente; porque la frialdad del Clima, haciendo más robusto el temperamento dispone a que tengan los hombres vida más larga, y consequentemente a poderse multiplicar con más numero de lo que puede tolerar el País; y con mucha propiedad un famoso Escritor llamó aquellas partes Septentrionales, Oficina de gentes y assi no hay Potentado, que con sus confinantes no busque pretextos para la Guerra. Están aun fumando los incendios de las Ciudades desoladas, y todo quanto hacen, intentan, y executan, es a costa de la vida de sus vassallos. Hemos visto en otro tiempo la Suecia armada pisar las Provincias de Alemania, Polonia, y Dinamarca (la Dinamarca, ahora de Alemania) y ahora los Reinos de Suecia: El Emperador la Alsacia, Flandes, y Ungria: El Polaco, la Moscovia, el Dominio Cosaco, y Provincias del Turco: El Moscovita la Tartaria, Polonia, y otras, y el Franzés como más abundante de Pueblos, no bastándole Flandes, Alemania, Cataluña, y Ytalia, ha formado Colonias en la nueva Francia, hecho perecer mucha Gente en Candia, Chichiri, y Mecina; cuya asistencia haviéndole desaprovado un gran Ministro suyo, por ser parte muy desbiada, y en consequenci a más costoso su mantenimiento, con el exemplo del Rey Luis Onzeno, que no admitió por esta razón la oferta de los Ginoveses, que quisieron entregarle el Estado: fuera de que siempre se había experimentado, que las Leves Francesas no arraigavan en Ytalia, y menos en Sicilia, a donde había sido muy fatal contra los Franceses aquel Cielo. A estas representaciones respondió el Rey, que en Mecina tenía la puerta de la Ytalia, que sus antepassados no tubieron, y quando no fuese para otra cosa, serviría essa Ciudad de un nuevo cauterio a la Francia, que ayudaría a purgar los humores superfluos de su gran cuerpo. A esta noticia, que entonces se divulgó, cae bien lo que ví por mis ojos en la Campaña del año de 77. en Sicilia; pues haviéndose acampado el Francés con su Exército en la llamada de Mascaro, sitio enfermo, y en el Otoño después de haver llovido pestilencial sin hacer otra operacion como podía por hallarse con fuerzas superiores a las nuestras, assi en Tierra, como en Mar, se estuvo ocioso en aquella parte, no ignorando lo enfermo de aquel Clima, por la noticia que le dieron los Mecinenses, como interesados: Sin

embargo, marchitando los soldados en el ocio, y entrando el otoño no podía tardar de llover, con que los ayres se inficionarían con los vapores contagiosos de la Tierra resultando muertes o graves enfermedades como enseñaba la experiencia: De que se infiere, que el General noticioso de todo (no asistiendo en el Ejército que es otro indicio maior) diese la disposición para que pereciese aquella gente metida en aquel infame temperamento, cuya pérdida no causaría ningún reparo llovió, pues, y en menos de ocho días pereció la flor de su Ejército, por los ayres pestíferos de aquel sitio, como sucedió a los Soldados de Vitelio en el de Vaticano se retiraron los demás Franceses casi todos enfermos, culpando al Duque de Vizione, General de Francia, que los había embiado al matadero, sin que a los Españoles les hubiese costado el desembainar la espada en la mucha mortandad, que habían tenido: Discúlpase el Duque General con la Orden de su Rey (que se pareció a la que David dió contra Urias al General Hebreo de ponerle a donde era más evidente el peligro que mandava no se intentase ninguna Empresa, y que el Ejército hiciese alto en la parte referida hasta nueva Orden del Christianísimo; lo cierto es, que no le hubiera costado tanta gente si se hubiera hecho sobre alguna Plaza: Se comprueba el arcano político de este suceso con él de la batalla de Mons en el año de 79, cuya Ciudad teniendo abloqueada las armas de Francia, en el mismo tiempo se concluyeron, y publicaron las Pazes en Nimega: no por esso el General Francés levantó el sitio con la noticia, que tenía de lo ajustado con haverle requerido con las Pazes; con que fué menester pasar al trance de un Combate, en que perecieron grande número de Franceses. Después de esta novedad cesaron luego las hostilidades publicándose entre ambos Ejércitos la Paz, que el día antes no había querido admitir, para rematar la Guerra con este servicio particular, que hizo a su Rey, decimando con el choque los ánimos más belicosos, que retirados en el ocio de Francia, podían causar algún desorden contra aquella Monarquía. Y por que los Príncipes hacen la Guerra con máximas muy diferentes de las que imaginan los vassallos en el mismo tiempo, que se divierten en sus gustos y pasatiempos, embían los súbditos a los trances peligrosos de la Campaña o a consumir los mejores años en trabajos, o a vender la vida a precio de un sueldo muy tenue si bien deben atender al Soldado envejecido entre los riesgos que solicita a sus méritos la conveniencia de los puestos, sin que concurriendo a la misma pretensión sugeto indigno con el apoyo de algún favor extraordinario, o contra poniendo la fuerza del dinero, o la sangre, que el otro más venemérito ha derramado, logre con estos medios los puestos con admiración de quien lo ve, y confusión de él que padece el agravio por que en tal caso disgustándose los ánimos de todos con la sinrazón de uno, por ser cosa natural en los hombres desear la remuneración del mérito, se enagenarán de la inclinación de la Guerra con exemplo pernicioso, a los intereses del Príncipe, quien para extirpar la multitud de los súbditos, se sirve de este medio. Por esto fué tan célebre la Milicia Romana, porque entre la concurrencia de los pretendientes antes que se pasase a la provisión del grado Militar había de constar de cada uno el nombre, la Patria, el Regimiento, los años de servicios, los que habrá hecho particulares en las ocasiones contra el enemigo, habiendo todo demostrarse por Certificaciones de los Cabos debajo de cuya mano habían militado, y después de este riguroso examen se proveía el puesto en el más digno. Pero como el Príncipe hace la Guerra por sus fines ocultos, y no por que el Vassallo consiga ninguna utilidad, por esto es más ordinario el perecer en su exercicio, que merecer ningún galardón y este es el motivo, que ordinariamente se experimenta, que entre tantos como sirven al Príncipe, son muy pocos los que logran alguna remuneración en un retiro descansado; política, que observaron los Romanos, y particularmen-

te en tiempo de Tiberio, que cuidó siempre dela seguridad del Ymperio, no despidiendo dela Milicia los soldados, aunque envejecidos enel Exército Militar, por no añadir a la multitud grande del Pueblo de Roma más gente belicosa, que facilmente podía persuadirse a un alboroto, por ser este concurso materia dispuesta a grandes novedades como sucedió después en tiempo de otros Emperadores, con tanta ruina dela ciudad, y por esto estubo siempre pertinaz en no conceder las licencias aunque clamasen incesantemente de nõ poder tolerar después detantos años el peso de la Milicia y assi el Vassallo, que padece enla Campaña la inclemencia deel Ymbierno, o enel verano, que se exercite en continuas Operaciones cesando la crueldad dela Guerra, vivirá con miseria enel ocio de la Paz, por ser una esteril cosecha delas fatigas Militares. Siendo máxima de Estado insinuar en los ánimos delos súbditos, que la Guerra mejor que la Paz, abre el camino a las riquezas y conveniencias con los robos, y saqueos permitidos que sirviendo de exemplo a los Vassallos, solicitan por medio deela a procurarse mejor fortuna robando con livertad Militar a amigos, y enemigos juntamente por que con este cebo codicien demeior gana las batallas, y asaltos de Plazas para tener ocasión deel pillage, que no retirarse a vibir enel ocio de un rincón, pasando lavidia con angustias, y aprietos porque esta esperanza de enriqueccer, persuade con más facilidad a los hombres a buscar la Guerra como se vió enla ocasión que la República Romana iba juntando el Exército contra los Persas, alistándose muchos llevados de esta codicia con que el Príncipe queriendo con más facilidad juntar las levas, debe hacer, que sus Ministros, o aulicos, publiquen, que la gente que previene, es contra Provincias fertiles, y ricas, porque entonces acudirán los Vassallos con emulación al servicio de su Rey, con la esperanza de apropiarse las riquezas agenas y quantas adversidades y trabajos encuentran en la Guerra, los toleran con paciencia con el fin derobar, y saquear. Con este intento atropellando los riesgos desprecian el temor delas heridas, y dela muerte, facilitando las ansias delos robos, quantos peligros se ofrcieren. Enseñados, pues, los ánimos con este ensanche devida, aborrecerán la Paz, como enemiga mortal, y destruidora deesta forma de vivir, que formaliza por muy lícito, y decente loque sin la Guerra fuera delito, y atroz maldad: Criados, pues, con esta ferocidad, no sabrán persuadirse al reposo de la Paz, como se vió enel Exército de Antonio Primo, cuios soldados queriendo Musonio Rufo inducirlos a ella, representables sus bienes, como los daños dela Guerra, pero en algunos causó risa, y en otros enfado. De este modo logra el Príncipe el aligerar sus Reinos dela sobrada multitud, que suelen ocasionar los escándalos, que hemos referido, El Rey de Francia, que posche esta máxima con perfecto conocimiento después delas Pazes, no solo ha mantenido en pie las mismas Tropas, pero cada día retumban las Caxas en sus Provincias, haciendo nuevas levas, limpiando continuamente el Estado de hombres ociosos, que son superfluos para el bien de la República, y para la quietud desu Reino. Doctamente cifró esta Máxima en sus Empresas Políticas nuestro erudito Español, pintando al Osso abrazado de una Colmena, que surmegía en el agua, ahogando las abejas, para comer libre de sus aguijones los dulces panales, aludiendo a loque debe hacer el Príncipe con la multitud delos vassallos, que le embarazan el Gobierno absoluto de sus Dominios.

Pero quantas reflexiones he hecho de Monarchías, y Principados, solo el de Ynglaterra hallo el más oprimido, no tanto por ser Ysla, por cuiu causa están más unidos los Pueblos, como por lavariación detantas sectas, que gozando de toda la livertad en la Conciencia, tiene más ensanche para aumentarse de día en día más la canalla; y por esto se halla más sugeto, que otro Estado a las insolencias deel Pueblo, que llega a tanto excesso, que con pretexto de Religión, estáviolen-

tando a la voluntad del Rey para que excluya dela successión al Duque de Yorch, su hermano, lexítimo heredero: Y aunque este escándalo (ami parecer) ha sido introducido, y fomentado en los ánimos de aquellos Pueblos, de algún Potentado, que dela inquietud de Ynglaterra no podía asegurarse dela suya, sin embargo havituada aquella Pleva a continuos tumultos, se ha usurpado por medio dela Cámara Vaja, mucha mano enel Gobierno, queriendo, que las cosas no tengan otra disposición, que la que su capricho quiere darles. Antiguamente quando tenían sus Príncipes un pie metido enla Francia, les era de grande alivio, desaguando por aquella parte la creciente de sus vassallos; y aunque oy suele aligerarse con algunas Levas que permite pasen a el servicio de otros Potentados, y a veces con algunas Guerras marítimas, sin embargo, es muy ligera la purga para un cuerpo tan repleto, inficionado demalos humores; y si el presente Rey no usa deremedios más violentos, podrá ser (sin que sea descaminado el juicio) que le caiga dela mano el Cetro Real; ni reconozco otro más oportuno, que la introducción dela Peste, con saberla dilatar por todo el Reino, la qual ordinariamente cebándose en los montones dela Pleva, después de este estrago con medianas fuerzas dela nobleza de su séquito, pudiera fundar una nueva forma despótica de Gobierno, sin dependencia del Parlamento, que suele coartar lavoluntad Real: y aunque parezca maldad el consejo, es remedio lícito, por que la necessidad lo pide por ser inútiles, y perjudiciales todos los medios blandos y es consumir el tiempo, que havía de emplearse en gallardas resoluciones, siendo muy perniciosa la perplexidad en la execución delos medios como lo experimentó su Padre, dexando la cabeza en un cadahalso con infamia eterna de aquella Nación, sin que las Historias nos traigan a la memoria otro exemplo semejante cuio fatal successo debe servirle de político aviso, para no tropezar en la misma desdicha entre la insolencia de sus Vassallos; y de grande acierto hubiera sido si luego que fué reintegrado en el Reino hubiese hecho morir a todos aquellos, que hubiesen incurrido enel homicidio de su Padre, assi para asegurar su perssona delos mismos, como para escarmiento de otros sacrilegios en lo porvenir.

Todo quanto se ha dicho hasta aquí, parece, que solo pertenece al Gobierno Monárchico: Sin embargo, consideradas las Repúblicas no viben exemptas deeste cuidado. Si es la Democracia, que blasona gonzar toda la livertad, no siendo sino una confusión, encuentra grandes dificultades en su gobierno; el qual pidiendo la igualdad entre todos, cosa muy difícil de observar, se originan de ordinario los alborotos entre la Pleva, y por esto usa demayores injusticias con qualquiera que tenga particulares prendas para estimadas, o riquezas conocidas por que luego entra en recelos, que sean bastantes medios para encaminarse a la soberanía. Los Hephlesios por este temor desterraron a Hermodoro el mejor hombre de aquel siglo, por quien al Philósopho Heraclito hizo tantas exclamaciones contra el Gobierno. A lo violento de estas resoluciones no repara la Democracia, quando la demostración es necessaria, aunque sea injusta. Sin embargo este género de Gobierno, es más facil de bolverse; por que el Soberano tiene su lugar, la codicia mayor, y finalmente la división entra sin dificultad a donde hay muchos y para evitar tantos desórdenes como brotan cada día, el remedio fuera caer bajo la mano de un Poderoso, como aconteció a las Repúblicas antiguas; pues no tubieron otro medio sus discordias sino ser gobernados de uno solo; y en estos últimos años dos Provincias delas siete de Holanda ofrecieron la Soberanía al Príncipe de Horange que no admitió por otros respetos políticos. Y finalmente, el Rey de Francia enel año de 72, no hubiera hecho tan grandes, y veloces conquistas en sus Dominios, si el cohecho primero no hubiera abierto la brecha en algunos desus gobernantes: Pero no siendo mi intención referir historias, consideremos su Go-

vierno; pues hallaremos, que también procurava desgravarse dela multitud delos Pueblos que por ser más libres, son más insolentes; por que los principales, que llevan el peso dela República, siguiendo las máximas de los Príncipes, si lanecesidad los obliga, no se olvidan de este preserbativo, embiando todos los años gente de leva a los Presidios dela Yndia Oriental, limpiando el Estado devagamundos, sin consentir, que haia ningún ocioso estando todos aplicados al negocio, y al comercio, por cuió medio teniendo trato en todo el mundo con la navegación, se aligeran de una gran parte dela pleve, que son los Marineros, fuera de lo que suele consumir en las Guerras Marítimas, y talvez en alguna deTierra, como fué en estos últimos años, por cuiá causa todos los Potentados del Norte andubieron rebueltos. Si consideramos a los Esguizaros, y Grisonos, con permitir, que los Príncipes levanten gente en sus Tierras, purgan el Estado de bulliciosos, e inquietos, que pudieran alterar el Gobierno, que por este medio conserban pacífico, y seguro.

La Aristocracia no está menos sujeta a inconvenientes que la Democracia, pues teme caer debajo del mando de uno solo, como de ser oprimida del poder del Pueblo, quien reciviendo un péssimo tratamiento delos Nobles, que la gobiernan, con razón da siempre que recelar, y temer, como sucedió a la República delos Esguizaros, la qual siendo gobernada delos Nobles, no pudiendo los Pueblos tolerar su sobervia, pasaron delas quejas a las armas, y en aquella batalla, que se dió enel año de haviendo pasado a Cuchillo a toda la nobleza, se convirtió el Gobierno de Aristocrático en popular. En quanto al recelo, que padece de ser convertida en un mando despótico, procede deque no hay ninguno delos Gobernadores, que no desconfie de los compañeros, con la máxima, que el interés particular no se anteponga a él del público, y que desec cada uno de poseher solo la autoridad absoluta, que está repartida entre todos, y ésta es una pasión tan vehemente, que cegará a qualquiera, y hará que atienda más a la propia utilidad, que a la dela República, siendo el veneno más pernicioso para inficionar el ánimo del más justo Senador, como se vió enél de Catón. Viviendo, pues, la Aristocracia en medio deestos dos Cuchillos, será más violenta la forma de su Gobierno, y por esto más aborrecida delos Vassallos: Empero la de Venecia siempre más cuidadosa, no ha perdonado a sus mismos Senadores los delitos más leves, que tengan viso de materia de estado, haciéndolos morir enla forma más infame, que se executa con los hombres viles, y facincrosos, y una sombra de recelo ha sido bastante para incitarla al castigo, como se colige de sus Annales, que refieren, que haviendo sucedido un grande alboroto entre el Pueblo, y la gente de Mar, no pudiéndolo apagar los Magistrados, acudió al ruido Pablo Loredano, que enel año antecedente había sido General de la Armada, a cuiá presencia deponiendo los marítimos el enojo, luego se retiraron. Fué de tanta sospecha al Senado este respeto, que los Nauticos le observaron, que los mandaron prender, haciéndolos morir enla Carcel. El Pueblo vive tan oprimido, y hajado delos nobles, que no le pesará qualquiera novedad que succdiere enel Gobierno, y con este conocimiento el Marqués deVedmar año de 1618, en aquel célebre Tratado, que fraguó para sorprehender a Venecia, fundó gran parte desu designio sobre el Pueblo con la seguridad, que le seguiría en aquella Empresa, hallándose cansado del Gobierno Aristocrático, nombre tan odioso en otro tiempo, que un Autor Cómico Griego introduxo un personage en las tablas, diciendo, que se declarava Enemigo dela Aristocracia, en tanto grado, que aborrecía al par dela muerte al hijo de Siellio, porque se llamaba Aristócrates. Y una delas causas fundamentales dela conservación deVenecia, que ha más de doce siglos, que se mantiene en su tranquilidad, sin temor de ninguna sedición dela Plevé, no ha sido

su gran cuidado en el Gobierno, como el sitio en que está puesta la Ciudad, cortada por todas partes de Canales de agua, que la tienen dividida en muchos Yslotes, que sirven de embarazo a qualquiera motín de la Plebe, no pudiendo unirse, hallándose separada de tantas Cortaduras. Sin embargo, nada se le da a este género de Gobierno verse obiado de sus súbditos con que sea de ellos temido, y por quien se dixo aquella sentencia *Oderint dum metuant*, teniéndolos bien enfrenados con llenar sus Galeras de gente ociosa, y que sirbe de escándalo a la República, sin las levas para los Presidios de sus Plazas, que posehe en Tierra firme, Dalmacia, Cephalonia, Zante, Corfú, y lo que todavía conserva en Candia, cuyas Guerras la evacuaron bastantemente. Sea, pues, Gobierno Monárquico, Aristocrático, u Democrático, tropezando en el escándalo de la multitud, está siempre sugeto a los remedios violentos del Príncipe, siendo en los Dominios poblados esta enfermedad mortal. Sin embargo, vemos que muchas veces para consuelo del doliente, aunque el mal sea desesperado, con la esperanza que siempre nos alienta, se aplican algunos remedios que parecen más oportunos; y así insinuaré algunos más a propósito.

Supuesto ya, que las desdichas de los Pueblos se originan de multiplicarse mucho, y que siendo tan crecidos inclinan siempre a novedades, e inquietudes; bueno fuera, que los Príncipes no residiesen de continuo en una misma Ciudad, como de quando en quando mudasen en otra su Corte; pues por este medio repartiéndose el Concurso estarían ellos más seguros, y los Vassallos más quietos.

El Emperador de los Abisinios usa de esta política; pues su residencia no es en ninguna de las Ciudades de su dilatado Dominio, sino en el campo debajo de pabellones, y mudándose muy amenudo de una parte a otra. También fuera grande remedio si la más parte de los hombres se retirasen del mundo abrazando la vida Religiosa, o a lo menos guardasen el Celibato, y que los Príncipes para inducirlos a ello con más facilidad (y particularmente el Rey de Francia por ser muy poblado su Reino) contribuyesen con limosnas y fundaciones de rentas, así para hombres, como para mugeres, haciendo muchos Conventos aunque fuesen en una misma Ciudad. El Rey Don Alonso de Nápoles dotava a quantas mugeres querían ser Monjas pero a ninguna que quería casarse que parece atendió a este reparo de la multiplicación, y más en aquella Ciudad, que por ser tan opulenta y viciosa, siempre ha sido muy poblada.

Que ningún Príncipe permitiese en su Dominio a persona, que no tubiese ocupación, o empleo de que vivir, siendo este género de gente peste de los Estados, y ordinariamente los que fomentan, y hacen los tumultos, para mejorar con la novedad su fortuna.

Que se instituyesen para los Nobles diferentes Órdenes Militares, con muchas Encomiendas, de las quales solo pudiesen gozar los solteros, y se fundasen también otros tantos Beneficios Eclesiásticos; pues los que se encaminaran a este Estado, estarían más apartados de ruidos, y alborotos, que es lo que hace subsistir la mayor parte de la Ytalia, aunque también concurre la razón de estar dividida en Dominios limitados, menos los que hemos tocado en este Discurso.

Que ningún casado se admitiese en el ministerio de las cosas del Gobierno Político; pues esta ambición del mando teniendo muchos concurrentes con la esperanza de llegar a él, los Matrimonios no fuesen tan frequentes, y la procreación menos crecida: Roma, que favoreció los Casamientos con las Leves, aborreció los Célibes, padeció tantos tumultos con la crecida multiplicación hasta que perdió la libertad.

Que de ningún Reino fuese la Cabeza una sola Ciudad, en quien las demás se esmerasen, por que blasonando otras esta preheminscencia competirían continua-

mente, y cada una tubiera sus Audiencias, digo adherencias delas otras villas, y Lugares; pues si sucediese algún levantamiento en alguna de ellas, no seguirían el exemplo delas demás; y esto ha preservado dos veces el Reino de Sicilia; pues haviendo tumultuado Palermo enel año de 647. se mantubo fiel Mecina, faltó ésta después a la obediencia de su Rey y señor enel de 74. y aquel estubo firme. No sucedió lo mismo en Portugal porque haviéndose levantado Lisboa, las demás Villas, y Ciudades la siguieron como a su cabeza, y se perdió el Reino sin remedio alguno. Lo mismo sucedió en Cathaluña, siguiendo todo el Principado el exemplar de Barzelona.

Con esta consideración Alexandro Magno, haviendo reducido en Provincia el Reino de Egipto, lo dividió en diferentes Gobiernos, teniendo lo más seguro debajo del mandó de muchos, que de uno solo.

Que las Ciudades grandes no fuesen tan ociosas enel regalo deel vivir, o que las cosas valiesen a más caro precio, que en otros Lugares, para que con esto fuera menos el Concurso de gente, y se evitaren los desórdenes, que la muchedumbre del Pueblo suele ocasionar.

Sobre todo, que los Príncipes se acordasen, que están obligados a temer y amar a Dios y con estos dos cimientos estableciendo el Gobierno, no los tratasen tiranicamente como Esclavos por razon dela Soberanía atendiendo, que la duración y seguridad delas Monarquías, nace dela Clemencia, y bondad de sus soberanos como su perdición dela sobervia, y crueldad delos mismos.

Que tubiesen muy impresa enla memoria aquella sentencia tan renombrada, que dixo el Rey Antigono a su hijo Demetrio, que el Reino era una servidumbre gloriosa; porque los Príncipes son más de sus vasallos, que sus vassallos deellos, como lo fué Don Phelipe Quarto el Grande, nuestro glorioso Monarca, cuja bondad, Justicia, y Clemencia en beneficio de tantos dilatados Dominios, han quedado gravados en los Corazones de todos sus súbditos, haviendo merecido nombre de Padre, más que de Rey con sus vassallos, no pudiendo hallarse elogio más propio a tan excelso Príncipe, como no supo tampoco Plinio el Viejo, buscar título más glorioso para darle a Vespersiano, que él de *Iucundissimum Imperatorem*, que comprehende en esta palabra muchos atributos juntos de prendas excelentes, que nuestro idioma Vulgar, no tiene equivalente expression para explicarlo.

APÉNDICE

A continuación se reproducen los dos extractos de la obra de Montano que dio a luz Cánovas del Castillo en su artículo, "Otro precursor de Malthus" (*Problemas contemporáneos*, t. i, pp. 334-337 y 346-349).

Son de notar las discrepancias entre el manuscrito consultado por el erudito español y la copia que se me ha facilitado para el presente trabajo. Por su mayor extensión, si no por otras razones, concluyo que el texto reproducido arriba consiste en una revisión amplia del trabajo original, o sea el texto consultado por Cánovas del Castillo.

En el principio crió Dios el ciclo y la tierra, y haciendo á Adám absoluto dueño, le dió por compañera á la mujer, ordenándoles que la llenasen: *Crescite et multiplicamini et replete terram*. Y habiendo de suceder esto, no observando continencia alguna, se multiplicaron los hombres en poco tiempo, de manera que no hubo en ella parte que no fuese habitada; por donde brevemente nacieron

desórdenes y contrastes, ocasionados de la demasiada multitud de los pueblos. Los cuales, para evitar la confusión, eligieron cabos que los gobernasen y administrasen justicia; y reconociendo como superiores a los que antes eran sus iguales, libraban en su solicitud y cuidado el de las humanas necesidades. Esto mismo es lo que se practica hoy; pero excediendo los desórdenes del mundo a la providencia de los príncipes, se experimenta que vale poco su atención y diligencia para evitar los males. Por lo cual, así como la abundancia nace de la poca cantidad de individuos que consumen los víveres, procede también la esterilidad del número de aquellos; no pudiendo la tierra, la cual, queriendo de cuando en cuando el reposo, disminuye más que aumenta la cosecha anual, suplir a la propagación humana, que continuamente se va multiplicando. Conque, *siendo de naturaleza contraria estas dos producciones*, no obstante que dependen la una de la otra, es constante que ésta y aquélla buscan en vano el remedio, quedando sujetas a los siniestros accidentes que cada día se encuentran. Y para dar más luz a esta verdad, conviene saber cuanta es la superficie de la tierra, supuesto que siempre que el número de los vivientes excede a su capacidad y a la cantidad de alimentos que puede producir, sin duda ninguna será violenta la curación de su mal, no pudiendo repararse sino por el medio de la hambre, de la peste o de la guerra. La circunferencia de la tierra y del mar es de 360°, que reducidos a veinte leguas por grado, hacen siete mil doscientas leguas, de cuya circunferencia, dando que sea el diámetro dos mil doscientas noventa y una leguas, vendrá a ser toda la superficie de la tierra y mar diez y seis millones cuatrocientas noventa y cinco mil y doscientas leguas. Pero porque de ella vienen a ser los dos tercios de agua, y descontándose como incultivables las partes que están debajo de los polos, habremos calculado abundantísimamente, si damos la quarta parte del globo terrestre por tierra cultivable, con que vendrán a quedar solamente cuatro millones ciento veintitres mil ochocientas leguas superficiales de tierra, aun comprendiendo las montañas desiertas, lagos y ríos. A éste cálculo se halla oprimada la tierra, siempre que el número de hombres excediera de cuatrocientos mil veintitres millones y ochocientos mil; pues, por lo ordinario, no puede disfrutarse de una legua de terreno bastimento para más de mil almas, proveyéndolas de leña y prados para el mantenimiento del ganado. Hecho este cálculo de la capacidad de la tierra, se ha de completar con él de la propagación del hombre, y se hallará la tierra *en menos de cuatro siglos mucho más poblada de lo que puede sustentar*, aunque se considere hacia lo más estéril, teniendo fecundidad las mujeres. Para lo cual pongamos solamente la sucesión de seis hijos, de edad de diez y ocho en veinte años arriba, en cuyo tiempo está más apto el hombre a engendrar y la mujer a concebir y se verá del cómputo que el número será mayor del que podrá alimentar la tierra. Naciendo, pues, de esto la confusión entre los hombres, se conturban las monarquías, se inquietan las repúblicas y aunque solo toca al autor de la naturaleza dar el remedio, no obstante, impelido el hombre de la ambición de dominar, *desconfía de aquella soberana Providencia que de ninguno se olvida*, y ciego en la pasión de la codicia, no es ya, como otro tiempo, *Homo, homini Deus*. Pero conducido de infernal política, con pretextos aparentes provocándose un Estado contra otro, se introduce la guerra, que, llevando consigo por excolta familiar peste, hambre y otras calamidades, viene a convertir al hombre *Homini lupus*.

Confieso el embarazo de la respuesta, por ser muy difícil hallar un bálsamo proporcionado a la cura de semejante herida, respecto a la imperfección de la naturaleza humana, en todas sus potencias ofendida gravemente en el original pecado, y por esto siempre inclinada a lo malo, con que depende, no de nuestras

pasiones, sino de una intemerata razón, porque siendo ésta en tal manera perversa y desviada de lo recto, viene a ser muy ardua la empresa de el remedio. No obstante, si es verdad que *adhuc modicum lumen in nobis est*, el soberano remedio sería un continuo pensar en la muerte, pues templando por este medio nuestras desordenadas pasiones, se vendría a desestimar las temporales miserias, y poner todo el cuidado en merecer y alcanzar las delicias eternas. También sería remedio el que los príncipes fuesen todos santos y justos, que no diesen mal empleo a sus vasallos, queriendo de éstos el obsequio de el *Regem honorificate*, y que no se olvidasen de el *Deum time*te. Que considerasen no les es concedido el destruir tan barbaramente a los vasallos, sino que les han sido dados, como a pastor y padre, para administrarles justicia y alimentarlos, pues que su autoridad se acaba con la vida, y después de ella, habiendo usado mal, *Potent*es, *potenter*, *tormenta patiuntur*. Y supuesto que todas las miserias de los pueblos nacen de la demasiada multitud, propensa siempre a la novedad y revolución, el remedio sería que la residencia de los reyes no durase mucho tiempo en una ciudad muy poblada, sino que de cuando en cuando mudasen la corte, pues, dividiéndose el concurso, quedarían más seguros los príncipes y con mayor quietud los pueblos. El remedio sería que la mayor parte de los pueblos se retirasen del mundo y abrazasen el estado eclesiástico, o al menos el celibato, y sin ingerirse en cosas temporales, atendiesen con toda aplicación a la observancia de su profesión, y particularmente de la castidad; y para inducirlos más fácilmente, los príncipes, y particularmente el Christianismo, por ser su reino muy poblado, contribuyan largamente con limosnas y privilegios, así a los hombres como a las mujeres que quieran retirarse, haciendo nuevas fundaciones de muchos monasterios, aún en una misma ciudad, y particularmente de aquellos religiosos que, además de la bondad de la vida de que constan, saben modos peregrinos, no solo de chupar la sangre política (que también es servicio) sino de atraer a su compañía sujetos de todas jerarquías, con tal que tengan dinero, ingenio y nobleza. Que se instituyesen en caballeros de hábitos diferentes muchas encomiendas, dignidades y beneficios, tanto eclesiásticos como militares, de los cuales sólo los hombres libres pudiesen gozar, cuyo medio hace subsistir la Italia con más perfecta salud del cuerpo político, por lo que no la he comprendido entre las demás naciones que exceden en la abundancia de humores. Que ningún casado pudiese ser admitido a oficio o ministerio civil, porque administrará la justicia con mayor rectitud un hombre solo y libre, pues el que se hallare con el cargo de mujer y hijos ha de pensar en toda una familia. Que los soldados no pudiesen casarse, y, siéndolo antes de asentar plaza, no pudiesen aspirar después a ningún puesto o dignidad militar, porque este, por ayudar a su mujer y hijos, hará mil extorsiones a los pueblos, y aún hará traición al príncipe, llevado del interés. Finalmente: el remedio sería que en las ciudades y territorios, sus dependientes no permitiesen más matrimonios de aquellos a cuyos descendientes pudiese alimentar el terreno. Que la mujer que fuera del matrimonio produjese hijos, fuese castigada rigurosamente, y los hombres muy incontinentes fuesen, como en pena, condenados a casarse, sentencia que experimentarían más sensible, en cuanto los excluía de todo puesto y dignidad, quedando obligados a contribuir a los subsidios del príncipe: con que serán raro él que no diría con los discípulos de Jesucristo, *prestat non nubere*. Pero porque *non omnes capiunt verbum hoc*, ya conozco que censurarán estos remedios, por violentos atractivos de mil inconvenientes impracticables. Y así, si esta tucia no sana el mal de ojos, séanos la misma luz más odiosa, e sirvanos por lo menos de *Alessio farinaco*, para que no se babeen tantos disparates, que no dieran motivo de prepararla.